

EL ENIGMA DE YAMARAI

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION



EL ENIGMA DE YAMARAI

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION




La conquista del
ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

604 — La necrópolis de oro, *Kelltom McIntire*.

605 — Los robots no son humanos. *Glenn Parrish*.

606 — El signo de Quemyiseth, *Kelltom McIntire*.

607 — Homo Rex, *Glenn Parrish*.

608 — Súbdito de las tinieblas. *Kelltom McIntire*.

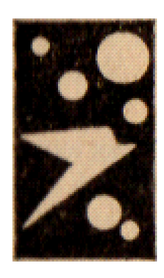
KELLTOM McINTIRE

EL ENIGMA DE YAMARAI

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 609

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 5791-1982

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: abril, 1982

1ª edición en América: octubre, 1982

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1980

CAPÍTULO PRIMERO

Joanna Baxter despertó bruscamente en mitad de su profundo sueño.

—¡Joanna, despierta!

Se incorporó sobre el lecho, se restregó los párpados, trató instintivamente de captar algún sonido extraño.

—¡Joanna, Joanna!

Exhaló con ímpetu el aire que contenían sus pulmones.

—¡Joanna, levántate!

Era una orden imperiosa, autoritaria.

—¡Levántate, Joanna!

Joanna Baxter deslizó las largas piernas sobre el lecho y miró a su alrededor.

Sólo había una lámpara encendida sobre la metálica mesilla de noche.

Su dormitorio no era de grandes dimensiones. Apenas tres metros por tres.

—¡Joanna, escucha!

Se irguió un poco, anhelante.

La metálica puerta de su cabina estaba cerrada. También la pequeña

puerta de acceso al cuarto de aseo.

Pero aquella voz vibraba potente en todos los ángulos de la estancia.

—¡Joanna, ven!

Se puso en pie. Desconcertada —aún sentía la torpeza propia del sueño profundo—, giró sobre sus pies y dirigió una ávida mirada a su alrededor.

En la base de Moontown, los apartamentos personales eran idénticos entre sí. No se hacía la menor concesión al sentido estético. Primaban, por encima de todo, la comodidad y la eficacia.

No había ningún motivo decorativo. Las paredes, de aluminio anodizado bruñido, eran tersas, lisas, desprovistas de relieve. Dentro del dormitorio, sólo había el lecho empotrable y la mesilla de noche, unida a la cama rígidamente. Era muy fácil: al terminar el descanso nocturno, bastaba empujar el conjunto para que el articulado mecanismo ascendiese y se ajustase en el muro, dejando una habitación perfectamente geométrica, libre de impedimentos físicos.

—¡Adelante, Joanna! ¡Ven!

Era una voz cálida, viril, pero suave y persuasiva. Más que ordenar, la voz sugería.

Joanna aguardó unos segundos, absolutamente inmóvil. Todavía se sentía confusa, indecisa, pero ya su cerebro comenzaba a establecer algunas ideas inconexas.

—¡Joanna, por favor! —susurró la voz, que había dejado de ser imperiosa para adoptar un tono susurrante y sugestivo.

Joanna plegó sus largas piernas y se inclinó sobre el piso de leve aglomerado plástico.

Miró bajo su cama y no vio nada.

Luego, llevada de un lógico reflejo, elevó el lecho por su extremo más alejado, susurró el mecanismo hidráulico y el conjunto cama-mesilla se elevó sordamente y se incrustó en el hueco del muro, convirtiendo el dormitorio en una simple habitación vacía.

—¡Joanna, te necesito!

Dio una rápida vuelta sobre sí misma.

—¿Quién? —murmuró.

Y aguardó, anhelante.

Porque aquella voz comenzaba a ser remotamente familiar.

—¡Joanna, soy yo: Michael!

Joanna se estremeció.

—¡Michael! —gimió. Y se llevó ambas manos al rostro. Pronunció torpemente—: Michael, ¡no es posible!

Claro que no era posible.

Michael, Mike, Mike Eastman había desaparecido mucho tiempo atrás. Fue cuando el mayor Faulkner dirigió aquella exploración espeleológica a la sima Yamarai. El proyecto era importante. Faulkner quería explorar el profundo pozo con miras a establecer un asentamiento definitivo bajo la corteza lunar.

Pero...

—Joanna, amor mío. ¡Te lo suplico! ¡Ven!

La joven apartó ambas manos de su rostro y miró en derredor. Pero no vio a nadie, y se retorció las manos nerviosamente.

Y luego:

—¡Mike! No sé, no puedo... ¿dónde estás? —murmuró acongojada.

Mike Eastman era el hombre de su vida, el único hombre al que había amado con toda su alma y todos los sentidos. Pero Mike...

—Estoy muy cerca, Joanna —clamó la voz varonil con un trémolo desesperado—. Pero no puedo ir hacia ti. ¡Eres tú quien tiene que venir y... ayudarme!

Un escalofrío recorrió el esbelto cuerpo de Joanna. Naturalmente, no era posible. Se trataba de un delirio, un sueño, ¿un hechizo, quizá?

Apretó sus sienes con ambas manos, en un esfuerzo consciente por apartar la ofuscación de su cerebro.

Imposible.

Mike había participado en la exploración de la sima Yamarai. Un pozo casi vertical de unos diez metros de diámetro y... más de mil de profundidad.

Joanna se había estremecido íntimamente cuando la noticia llegó a ella.

Mike había muerto. Se había precipitado al fondo del abismo. Los cordajes que le sustentaban habían cedido de improviso y sus compañeros de cordada nada pudieron hacer por detener la súbita caída.

Cuando tuvo lugar el accidente, Mike —que era el primero en el descenso— se encontraba a unos doscientos metros de la superficie, de la boca siniestra de la sima Yamarai.

Sus compañeros escucharon una exclamación corta. Y luego un alarido retumbó en el embudo de la sima. Un grito de agonía, que repercutió durante un minuto en los oídos de los hombres que, despavoridos, se afianzaban con todas sus fuerzas a los salientes de las rocas.

El proyecto de exploración se abandonó aquel mismo día.

Joanna había suplicado al mayor Faulkner que diera la orden de recuperar el cadáver de Mike. No era mucho, pero Joanna quería sepultarle a flor de tierra en la árida superficie lunar. Necesitaba tener el cuerpo del hombre que amaba en algún lugar próximo, donde pudiera acercarse cada día y murmurar unas palabras íntimas que ... quizá sólo sirvieran para reconfortarla a ella misma.

Como... una oración. Quizá como un intento de comunicación con aquel maravilloso Mike Eastman al que Joanna había perdido al poco de enamorarlo, de enamorarse, de vivir unas semanas de apasionado amor, de experiencias entrañables y vivificantes, unas jornadas tan plenas de compensaciones, que ahora, Joanna, pensando en ello, apenas podía impedir que sus ojos se llenasen de amargas y tibias lágrimas.

Mike. ¡Dios! Era todo para ella.

—¡Joanna! ¡Tienes que venir!

La voz produjo en Joanna una nerviosa y brusca sacudida. La voz... que provenía de todas partes. Y de ninguna.

Se esforzaba en captar el foco, el origen de aquel sonido tan

entrañablemente familiar.

Porque… ¡era la voz de Mike!

Joanna plegó los gruesos y jugosos labios en un rictus de amargura. Luego se llevó ambas manos a los oídos, los taponó rudamente y avanzó unos pasos hacia el muro. Presionó la pared metálica y el lecho descendió lentamente.

Joanna, la doctora Joanna Baxter, tenía cierta experiencia acerca de aquellos engañosos efectos anímicos.

Porque ella sabía que la voz de Mike no existía realmente.

Mike Eastman había muerto. Lamentablemente, Mike se había despeñado en la sima Yamarai y se había estrellado contra el fondo, ochocientos metros más abajo.

No era culpa del mayor Faulkner —ni de ninguna otra persona— que su cuerpo no pudiera ser recuperado. Se había producido una alarma en el mar de la Serenidad y todo el personal disponible de Moontown fue reclamado al nivel II e incluido en las operaciones de rastreo y vigilancia de los profundos cráteres de la zona de la Serenidad.

No fue una alarma injustificada. En el campamento Silver Plains, los expedicionarios de Moontown encontraron algunas evidencias que llevaron la intranquilidad a todos los ánimos. Los cadáveres de los tres geólogos que operaban en el campamento Silver Plains fueron hallados cerca del bloque de hormigón.

No eran exactamente tres cadáveres, sino «tres momias».

Cuerpos rígidos, resecos, quebradizos, que apenas pesaban treinta kilos, gravedad terrestre.

Lo más preocupante era que uno de aquellos geólogos, Red Sheridan, había enviado un S.O.S. desesperado a Moontown apenas dos horas antes.

Es decir: Sheridan estaba vivo ciento veinte minutos antes. ¿Cómo era posible que su cuerpo se hubiera desecado completamente en tan corto espacio de tiempo?

CAPÍTULO II

Se dejó caer lánguidamente sobre el lecho.

La doctora Joanna Baxter conocía los síntomas de aquella especie de «psicosis lunar».

Era como una especie de desgaste mental. Le había ocurrido a Bob Domínguez. Y también al minerólogo Chris Merchán. Ambos habían empezado —meses atrás— a sufrir alucinaciones.

Chris Merchán, que era viudo, acudió al consultorio de la doctora Baxter en seguida.

—¡Ayúdeme, por favor! —suplicó a Joanna—. Esta noche he vuelto a… asesinar a mi esposa.

No era verdad, ni mucho menos.

Mary Rose Merchán había muerto ciertamente, seis meses atrás, pero estaba fuera de toda duda que su esposo no la había asesinado. La señora Merchán habla abandonado la base Moontown a mediodía con un pequeño balón de oxígeno. Probablemente, Mary Rose sufrió una enajenación mental repentina, pues ella sabía muy bien que en la superficie lunar era imposible soportar las radiaciones solares a cuerpo descubierto. Pero ella se escapó y vagó a lo largo de unos tres kilómetros, hasta que en su piel brotaron las tremendas ampollas y sus facciones se convirtieron en una máscara irreconocible.

La patrulla la encontró dos horas después. Estaba en coma y murió antes de que los sanitarios depositasen su cuerpo deforme en una camilla del hospital.

Pero su esposo, Chris, había adquirido un complejo irreversible. Era muy posible que hubieran tenido una discusión, que Mary Rose se sintiera ofendida, disgustada… quién sabe.

Pero la doctora Baxter sabía muy bIen que la esposa de Merchán sufría una enfermedad incurable: un tumor maligno cerebral. Esto era lo que perturbaba su equilibrio emocional y la había impulsado a buscar una horrible muerte deliberadamente.

En resumen: Mary Rose Merchán no tenía solución.

Lo que verdaderamente había preocupado a la doctora Joanna Baxter eran los casos de Chris Merchán y Bob Domínguez.

Chris era minerólogo y Bob ingeniero de servicios. Dos hombres sanos física y psíquicamente. Hasta que ambos acudieron desesperadamente a la doctora Baxter.

Joanna hospitalizó primero a Chris. Era recomendable un período de descanso.

Bajo los cuidados médicos, Chris mejoró sensiblemente.

Luego llegó Bob Domínguez.

Su obsesión era diferente. Bob, un joven de unos treinta años, sencillo y simpático, confesó a Joanna:

—Haga algo por mí, doctora Baxter. No quiero caer en la tentación.

—¿En la tentación de qué, Bob? —le preguntó Joanna.

—Hace apenas unos días… Cuando despierto, siento unos irresistibles deseos de… «matar».

—Pero, ¡vamos, Bob! Usted es un hombre inofensivo. Quiero decir, un hombre de cuerpo entero, noble, leal, incapaz de hacer daño a nadie conscientemente. Tenga calma. Tenemos que tratar serenamente este problema. Verá cómo…

Joanna Baxter vio cómo Bob Domínguez se inclinaba, tomaba la báscula y se la lanzaba a la cara con ímpetu diabólico.

Fue un resbalón accidental lo que la salvó. Cayó al suelo en el momento en que Bob, con potencia increíble, lanzaba el pesado utensilio, que rebotó contra la pared metálica con estruendo y cayó pesadamente al suelo.

Joanna miró a Bob. Luego giró la cabeza y vio la profunda marca que la báscula había dejado en el panel metálico.

Y… comenzó a preocuparse.

Cierto que los corpulentos enfermeros redujeron rápidamente al infeliz Bob Domínguez. Arrojaba espumarajos de baba por la boca cuando cuatro hombres lograron inmovilizarle. En realidad, una vez fallado su intento de estrellar la báscula contra la cabeza de la doctora Baxter, Bob había intentado rematar su propósito estrangulando a Joanna. No

fue fácil reducirle, pero, cuando los cuatro enfermeros lo consiguieron, en el cuello de la doctora Baxter quedaban indeleblemente marcados los dedos de Bob Domínguez.

«Psicosis lunar», ése era el diagnóstico.

Joanna Baxter no poseía experiencia suficiente en cuanto a las enfermedades mentales llamadas «del espacio», es decir, las perturbaciones psíquicas que provocaba en el hombre la estancia lejos de su ambiente natural: la Tierra.

No podía consultar ninguna bibliografía. Tenía que limitarse a observar, investigar y prevenir.

Al contrario que Bob, Chris Merchán se había recuperado en tres semanas. Hasta el extremo de que, cuando Chris le pidió el alta para incorporarse al servicio normal, la doctora Baxter se la concedió sin obstáculos.

Pero Chris apareció muerto tres días más tarde en los hangares de la planta sub-tres. Había inhalado monóxido de carbono de un motor electrógeno durante varias horas, hasta morir.

Investigar, observar, prevenir. La base de la actuación de la doctora Baxter podía sintetizarse en aquellos tres verbos.

Los dos primeros casos de «psicosis lunar», Chris Merchán y Bob Domínguez, preocupaban profundamente a Joanna. Chris se había suicidado, Bob permanecía en una celda acolchada, vigilado constantemente por los enfermeros. Pero Bob no era ya un hombre, ni siquiera un ser humano. Se había consumido de tal forma, que su cuerpo apenas tenía un tercio del volumen normal. La piel y el esqueleto componían toda su anatomía. Su apariencia era lamentable.

Era… como si lentamente fuera convirtiéndose en una «momia viviente».

Estos pensamientos llevaron a Joanna al vívido recuerdo del hallazgo de los cuerpos de Ted Sheridan y sus dos ayudantes.

Bob Domínguez tenía un aspecto muy semejante a aquellas tres momias halladas en el campamento de Silver Plams.

Pero, milagrosamente, Bob continuaba vivo. Poseía apenas un hálito de vida, que era preciso conservar mediante todos los adelantos de la Medicina: pulmón de oxígeno, hemodiálisis, alimentación por sonda,

etcétera.

Pero allí estaba el ingeniero de servicios resistiendo a la muerte cuando, razonablemente, había terminado para él toda esperanza de vida.

Joanna trabajaba infatigablemente durante largas jornadas.

¿Infatigablemente?

La verdad era muy distinta. Joanna terminaba con el cuerpo literalmente molido. Pero era precisamente éste el objetivo que buscaba: sentirse tan cansada como para caer en el lecho como una piedra y dormir de un tirón unas seis horas.

Su dedicación a Bob Domínguez superaba todo lo normal.

Pero no todo era entrega ni espíritu profesional. Joanna «necesitaba» distraerse con otros problemas para olvidar el suyo propio.

Alucinaciones, he ahí el problema.

A partir de la primera noche, aquella en que escuchara nítidamente la voz de Michael —unas veces autoritaria e inflexible, otras tierna y suplicante—, Joanna había vuelto a sufrir parecidos fenómenos de psicosis en las noches siguientes.

Hubo de poner toda su voluntad en resistir a aquella llamada imperiosa y tajante. Para no dejarse subyugar, había llegado al límite, incluso a atarse con fuertes cadenas al lecho.

Wanda López, su enfermera jefe, penetraba en su dormitorio por la mañana y la libraba de los candados y cadenas.

Afortunadamente, Wanda era una mujer de toda confianza. Discreta y callada, de sus labios no salió una sola palabra. Silencio. Era preciso... ¿Qué hubieran pensado las mil quinientas personas que vivían en la base Moontown al saber que la sensata doctora Baxter sufría alucinaciones tan intensas que se veía forzada a pedir a su enfermera jefe que la atara al lecho...?

Joanna había comprobado que el cansancio muscular le convenía. Por la mañana, acudía a uno de los gimnasios y durante dos horas se concentraba en los ejercicios de gimnasia rítmica, el ballet e incluso la acrobacia.

Poseía un cuerpo magníficamente proporcionado. Pero también gustaba de tomar uno o dos cócteles diarios y gozaba de un excelente apetito. Desde que llegase a la base Moontown a prestar servicio, Joanna había engordado más de ocho kilos. A pesar de que era alta, su silueta se deformó un tanto.

Ahora, las dos exhaustivas horas de ejercicio físico duro le devolvieron la silueta ágil y juvenil que siempre había tenido desde su pubertad.

Pero, desde que muriera Michael, Joanna se había sumergido en la atonía. Sin el hombre al que amara tan profunda y apasionadamente, llevaba a cabo una existencia meramente vegetativa.

Pero ahora sí, ahora se empeñaba en fatigarse físicamente hasta la extenuación. Porque había descubierto que cuando estaba cansada dormía mejor y no se sentía afectada por la temible psicosis.

Lamentablemente, cada siete u ocho días tornaba a experimentar el raro fenómeno de la alucinación.

Su psiquis estaba afectada, era evidente. Y esto comenzaba a asustar a la doctora Joanna Baxter.

Al principio, sólo era la voz de Mike Eastman. Pero luego comenzó a experimentar visiones.

Una noche, perfectamente despierta —incluso se produjo profundos arañazos en el antebrazo para comprobar su consciencia—, vio con gran claridad a Mike.

El estaba convenciéndola de que debía abandonar la base Moontown, apoderarse de un Magny (vehículo a impulsos magnéticos) y correr a reunirse con él... en la profunda sima de Yamarai.

Esta proposición le llamó poderosamente la atención. Hasta entonces, la voz de Michael sólo la impulsaba a abandonar la base y reunirse con él, pero aunque Joanna suplicaba, angustiada, una explicación más concreta y orientadora, Michael callaba cuando ella preguntaba en voz alta:

—¿Dónde, dónde estás?

Ahora ya lo sabía: la sima Yamarai.

Naturalmente, esto no suponía ninguna revelación trascendental. Mike se había precipitado al vacío cuando se rompió accidentalmente su

cordaje.

Su cadáver debía estar en el fondo de la sima.

Pero sólo un cuerpo sin vida, momificado con toda probabilidad.

¿Podía un muerto seguir enviando mensajes captables por personas vivas...?

Estas alucinaciones no asustaban demasiado a la doctora Baxter. Durante sus años de Universidad, se había prestado voluntariamente a toda clase de experimentos paranormales. Hipnotismo, mediumnidad, telepatía...

Poseía, sí, una gran capacidad receptiva. Pero también poseía virtudes tales como la sensatez y el equilibrio emocional, todo ello junto con una clara visión de la realidad, de lo concreto y tangible.

En aquella ocasión, la vibrante y grave voz de Michael Eastman había resonado en primer lugar, y después...

¡Después Joanna le vio!

No vestía el equipo de espeleólogo con que había bajado a Yamarai, sino un simple slip dorado y brillante y una especie de... ¡corona de rubíes, que destellaban con un magnético fulgor rojizo!

Joanna estaba acostada y firmemente sujeta al lecho escamoteable por cadenas y candados de seguridad. Sin embargo, su impulso al erguirse fue tan potente que la cama crujió y las cadenas de hierro chirriaron y se tensaron.

Su reacción se debió a lo que estaba viendo. Michael parecía tan cercano y deseable, tan tangible y al alcance de su mano, que la reacción tenía que producirse necesariamente.

Pero las cadenas resistieron y Joanna cayó, exhausta, sobre el lecho.

Las imágenes, sin embargo, persistían.

Desapareció por completo la visión del limitado receptáculo de su dormitorio y las perspectivas de Joanna se ampliaron grandiosamente.

Le pareció ver que Michael paseaba pausadamente a lo largo del paseo de un frondoso jardín. Pero cuando su exaltación emocional cedió y su respiración se serenó... comprobó que lo que había tornado por masas arbóreas no eran sino colosales moles pétreas del mismo color.

Michael se detuvo de repente.

Su cuerpo semidesnudo brillaba como el de un dios del Olimpo.

—Lo sé, Joanna. Tu mente aún no está dispuesta a comprender. Pero todo esto es real. ¡Yo estoy vivo!

Siguió caminando lentamente. En todos sus movimientos se adivinaba la actitud de aquel que, no sólo carece de pesadumbres y preocupaciones, sino del que se siente gloriosamente transportado al mundo perfecto que vislumbró en algún momento de su vida.

Joanna misma recordaba algunos ensueños —verdadera vida del subconsciente— de su adolescencia. Delirios en los que se veía caminando por brillantes praderas sin fin, atravesadas por cristalinos riachuelos de aguas transparentes. Llegaba a gozar de una visión caleidoscópica, múltiple, en la que se mezclaban pavos reales de plumas doradas con elegantes corceles que, ¡qué absurdo!, poseían pelajes azulados, granate o gris perla. Paisajes maravillosos que nunca había visto realmente, donde los juegos de luces arrancaban de las formas las tonalidades cromáticas más insospechadas. En aquellas ocasiones, podía zambullirse libremente en un profundo lago, nadar horas y horas, trasladarse sin obstáculos de un sitio a otro, seguir gozando de la luz opalescente y... emerger serenamente cuando le apetecía.

Pero Michael acababa de detenerse junto a algo que semejaba un espeso plantel de magnolias.

No era tal, sino los caprichosos dibujos de una roca jaspeante, mate en algunas zonas, brillante en otras.

Y Michael hablaba de cuando en cuando.

—Ven, Joanna, te lo suplico. Este es el mejor de los mundos. Mis sentidos perciben la belleza que me rodea, pero mi corazón te necesita. Puedo vivir placenteramente aquí a lo largo de milenios, pero mi existencia no estará completa sin ti.

Michael giró y caminó despacio a lo largo de una pendiente resplandeciente. Rocas redondeadas que limitaban el sendero lanzaban destellos suavísimos, parangonables al más refinado oriente de las perlas finas de los mares del Sur.

Joanna contemplaba todo esto fijamente, sin permitirse un solo parpadeo.

Pero su mano derecha pellizcaba ferozmente su antebrazo izquierdo en un último afán por convencerse de que todo era pura alucinación.

Mike se detuvo al borde de un estanque de bordes irregulares. Las aguas no eran muy profundas, sino transparentes como el cristal de roca, aunque vivas y movibles.

Desde las alturas llegaba una luz cernida que iluminaba aquella escena con una tenue luminosidad irreal. —Es irreal —murmuró Joanna entre dientes. Pero, ¿qué hacía ahora Mike?

Se estaba despojando de aquel slip de oro. Con toda naturalidad. Y se sumergía lentamente en las claras y frescas aguas.

De la forma más natural.

Esta expresión era una constante de los ensueños juveniles de Joanna. En sus sueños, veía siempre a una especie de Príncipe Azul —cuyas facciones fueron luego a coincidir de forma asombrosa con las de Mike Eastman, el hombre real que le sonreía y le tendía amorosamente los brazos… la desnudaba con mimo y… la tomaba en sus brazos y… dulce pero apasionadamente… la poseía.

Y todo ello ocurría en sueños, ciertamente, sin que la puritana Joanna Baxter se escandalizase lo más mínimo, porque era el Amor.

Pero Joanna había tenido por padre al doctor Andrew Baxter, el hombre más retrógrado y puritano de Atlanta. Su madre, la mulata Perla Albrewge, no le iba a la zaga. Joanna podía recordar los cruentos castigos que había recibido durante su adolescencia ante el más leve síntoma externo de sensualidad.

Pero Michael, después de deslizarse largo rato de un extremo a otro de aquel maravilloso estanque, se erguía con ímpetu y saltaba fuera de las aguas, mostrando su contextura viril en todo su esplendor.

Con el mismo sencillo ademán, Mike se agitaba como un muchacho y un halo luminoso rodeaba su cuerpo al despedir miles de gotitas de agua.

Luego… se inclinaba, recogía su minúsculo slip que despedía brillantes destellos dorados, se vestía y… seguía caminando por aquel mundo fantástico y dinámico, en que el paisaje —¿la decoración?— cambiaba a cada instante, se transformaba, bullía, cobraba nueva vida e inconmensurables dimensiones.

—Sé que te convenceré finalmente, Joanna. ¡Óyeme! —la voz de Mike se tornó súbitamente imperiosa—. Tienes que oírme. Es preciso que domines tu ceguera y te libres de esas cadenas. Porque… tú misma estás esclavizándote, Joanna. Quizá sea una reminiscencia ancestral, pues tú desciendes de africanos… Sin embargo, tu voluntad debe imponerse. No te cierres en ti misma, no reduzcas tu libertad voluntariamente. ¡Da rienda libre a tu espíritu, desarrolla tu fantasía!

CAPÍTULO III

Despertó dolorosamente cuando sintió sobre sí unas tibias manos.

Abrió los ojos y vio a Wanda, que estaba abriendo los candados y retirando las cadenas de acero.

De repente, Joanna se echó a lIorar.

Su enfermera jefe se quedó de una pieza.

—¿Por qué sollozas?

Joanna no respondió. ¿Quién podía tener sensibilidad para comprender su estado de ánimo?

El de aquella noche había sido un sueño —o una alucinación, tanto da— maravilloso. Durante el tiempo que había durado, la doctora Baxter había gozado del éxtasis, del placer y de la gloria.

Quizá Wanda, la solícita y servicial Wanda, había interrumpido el hermoso sueño sin querer. Pero ahora no valía lamentarse ya, la hermosa visión había terminado.

Wanda le había tomado el brazo izquierdo.

—Pero, ¿qué le ha ocurrido a tu antebrazo?

Joanna inclinó los ojos y vio los profundos arañazos en su piel. Algunos de ellos habían estado a punto de segar las venas que riegan la mano.

Para cualquier persona normal, aquellos arañazos podían ser la prueba

de que Joanna no había sufrido una alucinación, sino que había experimentado «una percepción extrasensorial».

Sin embargo, la doctora Baxter poseía muchas experiencias relacionadas con las bromas que suele gastar la mente. Un paranoico, por ejemplo, es capaz de crearse una historia a su medida, creerla sinceramente y rodearla de todos los complementos necesarios. Como los arañazos de su brazo.

Libre ya de las cadenas que se había impuesto a sí misma, quiso ponerse en pie, pero las rodillas se le doblaron y hubo de dejarse caer nuevamente sobre el lecho.

¡Qué débil se sentía...!

El delirio de la noche anterior, evidentemente. Atraída por las visiones, Joanna se habría excitado hasta el paroxismo, luchado locamente contra sus ataduras, esforzado hasta la extenuación.

—Espera —la calmó Wanda López—. Te pondré una inyección.

Salió de la cabina y volvió a los pocos minutos. Joanna se plegó dócilmente a la inyección, porque sabía que sin aquella solución reanimadora sería incapaz de mantenerse en pie.

Descansó unos minutos.

—¿Mejor? —preguntó amablemente Wanda.

La ayudó a ponerse en pie, pero ya no era necesaria su ayuda. La doctora Baxter podía valerse por sí misma.

Wanda abandonó la cabina y Joanna empujó la disimulada puerta del cuarto de aseo y se puso bajo los chorros de la ducha.

Cuando salió tenía un aspecto radiante. Su fachada normal, la de todos los días a pesar de que se sentía muerta por dentro.

Mientras caminaba pasillo adelante pensaba que ni siquiera el erotismo ni el sexo valían nada contra la nostalgia.

Porque Joanna no había sido fiel a Mike Eastman después de la muerte de éste. Loca de dolor, de frustración, se había relacionado íntimamente con otros individuos de la base Moontown.

Probablemente, con ello no buscaba otra cosa que una violenta ruptura con el recuerdo atormentador y obsesivo de Mike. Era corno si

al entregarse a otros hombres la imagen de Mike se rompiera en mil pedazos y desapareciera.

En teoría, solamente. Porque el efecto concreto fue muy diferente. Era cierto, necesitaba compañía y afecto humanos, pero en el fondo de su corazón, en el centro de su memoria y dominándolo todo, seguía Michael Eastman.

Al cabo, había cortado en seco aquellos contactos carnales que no bastaban ni mucho menos para arrinconar el latente recuerdo de Mike.

Penetró en el hospital.

Como hacía cada mañana, fue a ver a Bob Domínguez. Se asustó al verle.

El decaimiento físico de aquel hombre era más que evidente. Su pecho estaba totalmente hundido y podían contársele las costillas sin dificultad.

¿Las costillas? En realidad, Bob podía servir como modelo viviente para estudiar Anatomía Humana. Todos sus huesos parecían en relieve.

Junto al enfermo estaba Adelina Chiardoni, una de las más expertas enfermeras.

—Se muere, ¿verdad?

Joanna asintió con un gesto mudo.

Miró a Adelina. La guapa muchacha había perdido toda su lozanía y su belleza desde que Bob Domínguez fuera hospitalizado.

No había que hacer preguntas, no era preciso escarbar en los sentimientos de los demás. Bastaba mirar a Adelina Chiardoni para comprender que estaba enamorada del ingeniero de servicios.

Lo más espeluznante era que Adelina sabía que su amor no tenía esperanza. Domínguez moriría, más pronto o más tarde.

Como cada mañana, Joanna anotó unas prescripciones para Bob y luego recorrió las restantes salas del hospital.

Más tarde encontró a Adelina en el comedor. La muchacha tenía su bandeja en una mesa separada y Joanna, compadecida, se acercó a

ella.

—¿Me permites?

Adelina no comía nada. O comía como un pajarito. Cuando Joanna terminó su menú, inició el movimiento necesario para incorporarse. Pero la frenó la voz de Adelina.

—Doctora Baxter.

Tornó a sentarse.

—¿Sí, Adelina?

—No quiero causarle más preocupaciones, pero...

—Adelante, sigue...

—Anoche permanecí velando a Bob durante todo el tiempo. No era mi turno, pero aguardaba inútilmente que él volviera en sí, que hiciera un gesto, que...

—¿Sí?

—De madrugada, me sentí sudorosa y fatigada y fui a mi cabina para tomar una ducha. Al pasar por su cabina, escuché voces...

Joanna concentró su atención en el demacrado rostro de la enfermera.

—¡Sigue! ¿Has dicho «voces»?

—Sí. Distinguí perfectamente la suya, doctora. Parecía gemir, agitarse, experimentar una gran angustia. Estaba dispuesta a empujar la puerta de la cabina y entrar para ayudarla... No sé, un simple vaso de agua suele obrar milagros en ocasiones. Y una voz relajada y próxima. Y sabe.

—Pero no entraste.

—No —denegó Adelina—. Me detuve en seco al escuchar aquella voz varonil. Imaginé que... —Adelina enrojeció levemente—. Bueno, que tenía compañía masculina. Lo más chocante es...

—¡Vamos, no te detengas! —la animó Joanna.

—La voz del hombre me sonaba familiar, como si perteneciera a alguna persona conocida. Al principio no era capaz de poner un rostro

a aquella voz grave y vibrante, pero al cabo…

—¿Lo conseguiste?

—Bueno… Creo que sí. Quizá se ría de mí, doctora Baxter, pero me pareció que el hombre que hablaba era… Mike Eastman. ¡Oh, lo siento, lo siento! —Adelina parecía acongojada—. He cometido una torpeza inexcusable. Ya sé que sólo recordar a Eastman le traerá dolorosos recuerdos.

—Cálmate, Adelina. No tienes que excusarte. Dime… ¿es cierto eso? ¿No sufrirías una alucinación? Estabas muy cansada, al borde de tus fuerzas —sugirió Joanna.

¿Ya empiezas a creer que todos sufren alucinaciones como tú? ¡Tratas de descargar tu propia tensión psíquica parangonándote con los demás!

Los delgados labios de Adelina Chiardoni se agitaron con un movimiento trémulo.

—Estaba cansada, sí, pero no tanto como para que mis sentidos me gastaran una broma. Claro que usted pensará que estoy loca, pero…

—No tienes que preocuparte, Adelina —se apresuró a decir—. Escucha, probablemente sufría alguna pesadilla. Y debes saber que hay personas que, sin saberlo, poseen dotes de ventrílocuo, aunque esta habilidad sólo se demuestra en el sueño, inconscientemente. Quizá… quizá yo soñé con Mike tan vivamente que incluso traté de imitar su voz. Eso debió confundirte.

Se marchó en seguida.

Demostraba exteriormente una calma admirable, pero la procesión rondaba por dentro.

Caminó aprisa hacia el hospital y se recluyó en su despacho privado.

Preparó un té en una tetera automática, tragó una píldora sedante y bebió la infusión a pequeños sorbos mientras, inconscientemente, tomaba algunas notas en un bloc.

La declaración de la enfermera Chiardoni la había alterado mucho más de lo que había demostrado exteriormente.

Así que no era ella sola quien escuchaba la voz de Mike.

También la había percibido la infeliz Adelina.

Porque, además, aquello de la ventriloquia en sueños no era más que una historia que se había inventado sobre la marcha para tranquilizar a la enfermera.

¿O quizá, de paso, para serenarse a sí misma?

Conocía de oídas uno o dos casos de ventriloquia inconsciente, pero aquellos fenómenos no se habían producido en sueños, sino en estado de hipnosis profunda.

¿Qué podía pensarse entonces?

¿Se trataba de un fenómeno sobrenatural o de psiquismo puro?

Pensar en ello no la tranquilizaba, por lo que abandonó el despacho y fue al laboratorio, donde estuvo trabajando sin descanso hasta el anochecer, sin permitir que sus pensamientos más íntimos afloraran.

Sin embargo, aquella noche fue a la cabina de Wanda, le explicó lo relacionado con la declaración confidencial de la enfermera Chiardoni y pidió a su amiga:

—Wanda, quiero pedirte un favor. Ya sé que te exijo un sobreesfuerzo, pero necesito tu ayuda.

—Me intranquilizas. Adoptas un tono que... Pero, en fin, ¿de qué se trata?

—Suelo sufrir las alucinaciones nocturnas cada siete u ocho días. Anoche tuve una muy placentera —le explicó resumidamente en qué había consistido la visión—. Hay muchas posibilidades que, de aquí a una semana, vuelva a sufrir uno de esos espejismos. Quiero que entonces, durante dos o tres noches, vigiles mi cabina. Presta atención. No sólo a las voces que yo lance, sino a las que... pudieras oír de otra persona.

Wanda arrugó el ceño.

—¿Otra persona? Vamos, no irás a creer lo que te ha dicho esa pobre muchacha... Su desesperado amor por Bob ha debido desequilibrarla.

—A pesar de ello. Haz lo que te he dicho. Te lo ruego.

—De acuerdo. Vigilaré —prometió Wanda.

CAPÍTULO IV

Varias semanas después, Joanna recibió una noticia sensacional: el mayor Preston Faulkner se disponía a continuar la exploración de la sima Yamarai.

Esta información, que unos meses antes le hubiera producido una satisfacción inmensa, sólo sirvió para intranquilizarla ahora.

Según supo, en esta ocasión se extremarían todas las medidas de seguridad para evitar accidentes como el que había costado la Vida al recordado Mike Eastman.

Faulkner pensaba abandonar las técnicas anteriores. Para la próxima expedición, los ingenieros habían ideado un modelo avanzado de montacargas, que consistía en una cabina capaz para ocho personas y que pendería de la boca del pozo sustentada en fuertes cables de acero. Uno de los sistemas de seguridad consistía en un mecanismo situado en la base de la cabina. Se componía de resistentes brazos hidráulicos capaces de adaptarse en cualquier momento a las paredes de la sima. Ello permitiría detener la cabina a cualquier altura. Valía tanto para el caso de una urgencia imprevista, como para explorar con seguridad las galerías que posiblemente partían del pozo a distintas alturas.

De todas formas, el proyecto sólo estaba perfilado. Transcurrirían al menos un par de semanas antes de que la exploración se pusiera en marcha.

Sin embargo, por aquellos días Joanna advirtió que su presencia en las distintas dependencias de la base Moontown despertaba nuevamente la curiosidad de los demás.

Algunas mujeres la contemplaban con pena. Quizá pensaban que era mejor que el cadáver de Mike Eastman reposara en el fondo de la sima para siempre. Sin mala intención, imaginaban que el rescate del cadáver sólo serviría para reavivar el dolor de la doctora Baxter.

Los hombres, por el contrario, le dirigían miradas fugaces, plenas de curiosidad e incluso de morbo.

Aquella noche —exactamente ocho días después de que tuviera la última alucinación—, Joanna se sintió sumamente agitada.

Despertó sobresaltada al escuchar la voz tonante de Mike.

—¡Joanna, Joanna! ¡Diles que no vengan! ¡Convénceles, te lo suplico! ¡No quiero que me saquen de aquí! Ellos... ellos no conocen este maravilloso mundo... Te lo ruego, Joanna, ¡háblales, esgrime argumentos, asústales si quieres! Pero debes conseguir que no bajen.

Joanna se desataba en jadeos, suspiros, gemidos y violentas contorsiones. Se laceró los brazos, firmemente sujetos por las cadenas, pero siguió peleando, luchó y se extenuó.

A la mañana siguiente se sentía enferma.

Wanda llegó un poco más tarde de lo acostumbrado. También ella parecía desmejorada, demacrado el rostro, lívido.

Sus manos temblaban cuando soltó los candados y retiró las cadenas.

—¿Qué te ocurre, Wanda? ¡Pareces muy enferma...! La enfermera clavó en Joanna sus ojos castaños.

—Me siento un poco... nerviosa. Anoche te oí soñar en voz alta. Y luego... Bien, de nada sirve andar con rodeos, escuché nítidamente la voz de Mike Eastman. Brotaba, indudablemente, de tu cabina... No era una voz normal. Parecía la voz de un hombre desesperado, colérico. Oí algo así como: «Convénceles, Joanna, te lo suplico. ¡No quiero que me saquen de aquí! Háblales, asústales, pero debes conseguir que no bajen.»

A Joanna se le aflojaron las piernas.

—¿Estás segura, Wanda, razonablemente segura de que la voz que oíste era la de Mike Eastman? —inquirió, aferrándola temblorosa por los brazos.

Wanda se mordió los labios, trémula.

—Tan segura como de que ahora mismo estoy oyendo tu voz, Joanna... ¡Ahora comprendo que te sintieras exaltada y dominada por los nervios! —respondió la enfermera.

Se marchó un momento después.

La doctora Baxter entró al cuarto de aseo y después se dirigió al

gimnasio, donde trabajó sistemáticamente por espacio de dos horas. Bañada en sudor, volvió a su cabina y se bañó.

Cavilaba arduamente cuando se dirigió al segundo salón restaurante. No tenía apetito, pero devoró disciplinadamente un abundante desayuno.

«Esto parece un caso de psicosis colectiva —pensaba—. No soy yo la única afectada. Conmigo forman equipo Adelina Chiardoni y Wanda López. Ellas perciben la misma voz que yo. Wanda ha repetido casi textualmente las frases que Mike gritó desesperadamente.»

Sólo que ellas no poseían la facultad de ver a Mike, de aterrarse o deleitarse con las vivas imágenes que podía percibir Joanna.

Hasta la hora del almuerzo, la doctora Baxter se dedicó por completo a su trabajo en el hospital. La visita a los internados —Bob seguía vegetando como una planta raquítica—, el estudio de las historias clínicas, la supervisión de trabajo de laboratorio, el estudio de las vacunas...

A la hora del almuerzo, Joanna Baxter se dirigió con decisión al Nivel II-B, donde se encontraban los alojamientos oficinas de los militares, pues la base Moontown estaba dividida en dos organizaciones: la civil y la militar, aunque los miembros de una y otra viviesen en perfecto entendimiento y hermandad.

En la antesala del despacho del mayor Faulkner, su ayudante el teniente Eric Wundsen se puso en pie en cuanto la vio venir por el pasillo. Era un hombre de unos treinta años rubio, muy apuesto y varonil. La rigidez de sus movimientos e incluso de sus rasgos faciales se debía a que Joanna había cortado bruscamente su fugaz relación de unos días, tras la muerte de Mike Eastman.

—Buenos días, Eric. ¿Puedo ver al mayor Faulkner?

Wundsen vaciló.

—Sí. Esto... Espere un minuto, por favor. Veré si puede recibirla.

Súbitamente, se había interrumpido la confianza. Bueno Joanna había cortado la relación íntima y Wundsen la trataba ahora ceremoniosamente de usted.

Volvió al cabo de unos segundos.

—Venga, por favor. El mayor la espera.

Permaneció erguido y cuando ella entró el teniente Wundsen deslizó la puerta y quedó fuera.

Faulkner la taladró con una mirada inquisitiva de sus sagaces ojos grises.

—Siéntese, doctora Baxter.

Su expresión era cortés, pero no dejaba de examinar a Joanna con una mezcla de curiosidad y... prevención.

—Bien, doctora. ¿De qué se trata?

—Alguien me ha dicho que está proyectando una segunda exploración de la sima Yamarai. ¿Es cierto?

—Pues sí... Es cierto. ¿Piensa ofrecerse voluntariamente para formar parte de la expedición? —exclamó Faulkner cauteloso.

—No, no. No pienso bajar a ese maldito pozo. Se trata... No le pasó desapercibido que el mayor dejaba escapar un suspiro contenido. Su tensión facial desapareció instantáneamente.

Así que era eso. Faulkner temía que ella insistiese en descender al pozo y que su presencia perturbase a los expedicionarios. ¿Acaso esperaban que Joanna se pusiera a chillar y escandalizar, a gemir desconsoladamente...?

Sonrió levemente, con desprecio. Y Preston Faulkner captó su gesto, pero se hizo el desentendido.

—Bien. Usted dirá. ¿De qué se trata?

—Sencillamente, quería darle mi parecer respecto a esa exploración. Creo que es excesivamente arriesgada. Si alguien sufre un accidente, si se agotan los depósitos de oxígeno, sería muy difícil, casi imposible, ayudarles o rescatarles. Eso es lo que he venido a decirle.

Faulkner sonrió con suficiencia.

—Doctora Baxter, tengo entendido que es usted una profesional muy eficiente y una mujer de gran talla moral y espiritual. Personalmente la admiro, puede creerlo. Pero la organización de las exploraciones y las medidas de seguridad son asunto de mi absoluta incumbencia. Discúlpeme, no es grosería, sino claridad —especificó el mayor sin

severidad—. Por otra parte, en mi equipo de exploradores contamos con dos expertos ayudantes sanitarios expertos en traumatismos. En caso de emergencia, ni siquiera sería preciso que usted bajase a las profundidades de Yamarai, doctora Baxter.

Joanna dio muestras de un perfecto autocontrol. Iba a responder con alguna frase hiriente, pero se contuvo.

En realidad, ¿por qué había venido a convencer a Faulkner de que desistiese de aquella investigación? Como una autómata, Joanna se había puesto en marcha hacia el Nivel II-B con el único objeto de influir sobre la decisión de Faulkner.

¿Por qué?

Sencillamente, Mike le había ordenado y suplicado que lo hiciese. «Asústales, si es preciso.»

¿Tanto habían llegado a influir las alucinaciones en su ser consciente, como para apoderarse de su albedrío, de su voluntad...?

Un poco azorada, pronunció unas palabras de disculpa y abandonó el despacho. Wundsen estaba esperando cortésmente en la puerta, pero ella no le dirigió una sola mirada.

Descendió al Nivel III y almorzó frugalmente.

Al final de la jornada, recogió un magnetófono automático y se retiró a su cabina.

A solas ya, reflexionó.

—¿Estoy loca o soy objeto de unos raros fenómenos inexplicables? —se formuló a sí misma con la mayor serenidad posible.

Veamos. Durante el día, su conducta era absolutamente normal. Un psiquiatra avanzado que la mantuviera bajo observación durante el día sólo podría certificar que Joanna Baxter era una persona normal.

La noche. He ahí el problema.

Pero, ¿por qué precisamente la noche?

Prácticamente, en la base Moontown tanto importaba el día como la noche. Normalmente, todos los actos se llevaban a cabo bajo la luz artificial.

Ah, sí. En el Nivel I había una zona experimental. Una pequeña huerta, un jardín, una zona de esparcimiento, incluso una granja donde se criaban algunos animales. Todo ello cubierto por la enorme cúpula transparente que filtraba los perniciosos rayos solares.

Sin embargo, muchas de las personas que prestaban sus servicios en la base apenas disponían de tiempo libre para perderlo en las zonas recreativas del Nivel I, donde también estaban situados unos generadores y las instalaciones de la sección de alerta-Uno.

Sin embargo, Joanna experimentaba aquellas raras percepciones —percepción: un eufemismo— durante la noche o las últimas horas de la madrugada.

En su afán por evitar cualquier elemento perturbador, había dejado tajantemente de beber y de fumar. Quería mantener su organismo en las condiciones más saludables y serenas.

Pero todo esto de nada valía. Cada siete u ocho noches, despertaba bruscamente y comenzaba a escuchar la voz de Mike.

—Es... es como si me hubiera convertido en un receptor de radio que sólo recibiese en la onda de Mike —se dijo con amarga ironía.

Lo que más la inquietaba —con ser importante— no era la posibilidad de que sufriese algún tipo de perturbación mental (la famosa «psicosis lunar», por ejemplo), sino la duda. Dudaba por encima de todo. Aquella voz de Mike, ¡parecía tan real! Las inflexiones tan características de su voz, su deje tejano tan arrastrado, el timbre y el tono, los personales giros y modismos... ¡Todo aquello era propio de Mike Eastman!

Pero además estaban las imágenes. No era un sueño rosado, sino una visión en tres dimensiones, tan concreta que Joanna podía recordar perfectamente todo lo que había visto en las anteriores «percepciones».

Joanna había repasado en fechas anteriores numerosos video-textos de Psicología Aplicada y de Psiquiatría.

Sabía muy bien que los mecanismos del subconsciente borran de nuestra mente todo aquello que resulta pernicioso o perturbador para el individuo sano. Así, no es difícil que uno despierte por la mañana con la sensación de que ha padecido pesadillas desagradables o terroríficas, pero lo cierto es que no se puede recordar con claridad lo que se ha soñado: el subconsciente, benéfico, se da buena prisa en

borrar todas esas vivencias dañinas.

Joanna no concilió aquella noche el sueño hasta muy tarde. Antes de dormirse, todavía se sentía angustiada sospechando que la alucinación pudiera producirse. Se durmió abrazada al magnetófono, que pensaba utilizar conscientemente en cuanto la asaltase otro espejismo.

Pero esa noche durmió tranquila y relajadamente, de un tirón.

Una semana después se produjo una nueva alucinación.

CAPÍTULO V

Mike estaba enfurecido.

Su hermoso rostro estaba descompuesto y crispado.

—Joanna, no me has obedecido.

Sus ojos azules soltaban destellos peligrosos y sus labios se apretaban obstinadamente.

—Te ordené que les convencieras... ¡Nadie debe bajar a la sima! Escúchame bien, Joanna: yo quiero seguir aquí. ¡Qué distinto era aquel Mike del hombre que había «visto» en el anterior delirio! Este de ahora la miraba despectivamente, con ira, con rencor incluso.

Quería protestar, explicarle que había ido a visitar a Faulkner con el único fin de disuadirle.

Mike no la dejaba hablar.

—Debiste asustarles, Joanna, aterrorizarlos, infundirles pánico. Pero no lo hiciste.

—¡Dios mío! ¡Infundirles pánico!

Pero Joanna no poseía poder psíquico ni anímico para influenciar a un hombre de carácter tan templado como el mayor Faulkner. Además, Joanna sentía una intensa repulsa hacia los que expanden el terror, los que crean el miedo para sojuzgar a los demás.

—Ya que no has sido capaz de evitar que desciendan a Yamarai, pide ser incluida en la exploración. Una vez abajo… ¡elimínales!

¿Eliminar a sus camaradas?

—Mátales —especificó fríamente la voz de Mike, que se había vuelto airadamente de espaldas.

Joanna se sintió espeluznada.

¿Era aquel el Mike al que ella idolatraba, se trataba del mismo hombre bondadoso, noble, entregado y generoso del que ella se había enamorado profundamente unos meses antes…?

No reconocía a Mike. ¿Por qué ahora se manifestaba como un malvado, como un espíritu que rezumaba malignidad?

Mike se volvió un momento y clavó en ella la hiriente mirada.

—Tú eres médico, Joanna. Posees recursos suficientes.

Bastará inyectarles una solución tóxica en un momento de descuido. Una vez abajo, procura separarlos para que puedas operar con mayor eficacia. ¡Hazlo!

Joanna se agitaba, conturbada.

Ese no era Mike. O, si lo era, algún espíritu diabólico se había apoderado de él.

Pero su voz vibrante seguía resonando en lo más profundo de su cerebro.

—¡Mátales, Joanna, mátales! ¡Tienes que hacerlo por mí!

* * *

Despertó al amanecer, bañada en sudor, con la garganta seca y unas dolorosas palpitaciones en las sienes.

Sentía una sed terrible. Instintivamente intentó incorporarse para ir al cuarto de aseo y beber agua hasta saciarse, pero las férreas cadenas la detuvieron.

Sentía ganas de sollozar. ¿Por qué no venía Wanda? Ahora necesitaba como nunca la presencia y el consuelo de una persona amiga.

Transcurrieron lentamente los minutos. Wanda no aparecía.

Estaba a punto de empezar a gritar como una loca, cuando al fin se abrió la puerta de la cabina y apareció la enfermera jefe.

—¡Dios mío! —gimió—. ¿Por qué has tardado tanto? Wanda se arrodilló al pie del lecho.

—Me sentí enferma, Joanna. Estaba tan nerviosa, que tuve que tomarme un par de sedantes. Me recosté un poco en la cama y debí quedarme dormida. Eso es todo.

Wanda hurtaba la mirada. Y Joanna comprendió.

—¿Estuviste vigilando mi cabina anoche? —preguntó de improviso.

Wanda se inmutó. Al fin, sus miradas se encontraron.

—Joanna, aquí están ocurriendo muchas cosas raras —dijo con expresión preocupada—. Sí, vigilé en el pasillo. No sólo anoche, sino todas las noches. Alrededor de las tres de la madrugada, escuché el eco de una voz colérica.

—¿Y…?

—Era la voz de Mike Eastman, eso está fuera de toda duda. Y estaba ordenándote cosas terribles —a Wanda se le quebró la voz.

De modo que Wanda lo había oído todo bien. En tal caso, no se trataba de una simple pesadilla, sino de un hecho real.

—El espanto me sobrecogió —confesó la enfermera jefe—. Oí que Mike gritaba encolerizado: «¡Mátales, Joanna, mátales!» Y a pesar de que me sentía aterrorizada, empujé la puerta y entré.

—¿Qué viste?

—Nada especial. Tú dormías boca arriba, sujeta por las cadenas y con ese magnetófono sobre el pecho. La voz de Mike llenaba la cabina y parecía surgir de todos los rincones. Y, fíjate bien, tú tenías los labios apretados y los ojos cerrados. No te oí murmurar una sola palabra. Pero toqué tus brazos, tu cuerpo… ¡y todo tu ser vibraba! Era como un motor sometido a un régimen altísimo de revoluciones.

—¡Wanda!

—Es la verdad, Joanna. Observando tu estado hipernervioso, me preocupé mucho por ti. No hacías el menor movimiento, pero parecías sometida a una tensión insoportable. Luego, de pronto, todo terminó. Dejé de oír la voz de Mike y simultáneamente tus nervios se relajaron. Salí de tu cabina cuando comprobé que dormías tranquilamente. Sin embargo…, yo estaba tan excitada que sentía el alma en vilo. Fui al hospital, recorrí las salas, desperté a dos enfermeras que se habían dejado vencer por el sueño en plena vigilancia… Tragué dos sedantes y me dejé caer sobre mi cama del cuarto de urgencias. Me quedé dormida. Por eso he llegado más tarde que de costumbre.

Hablando, Wanda se iba serenando un tanto.

Al menos, sus manos consiguieron abrir los candados y retirar las pesadas cadenas de acero.

Luego, advirtiendo el ansioso gesto de la doctora Baxter, corrió al cuarto de aseo y volvió con un vaso de agua.

La observó anhelantemente mientras bebía. Joanna le tendió el vaso vacío con una expresión lejana.

—No puedo seguir así… —oyó su murmullo.

—¿Qué…?

Joanna Baxter se abrazó a ella Con desesperación.

—Estoy volviéndome loca, Wanda. Esas visiones me perturban, me enloquecen, me hacen sufrir horriblemente —musitó con voz desmayada. Alzó la cabeza y contempló a su amiga con un rictus de extravío—: ¿No lo comprendes, Wanda? Yo amaba a Mike, incluso he sentido un placer infinito al gozar de algunas alucinaciones. Pero, ahora… ¡Ahora Mike me ordena matar!

Estalló en un paroxismo nervioso repentino. Tan violento, que la corpulenta Wanda López se vio en un apuro para sostenerla, reprimirla y sujetarla.

—Vamos, vamos, Joanna. Esto no es nada, doctora. Y lo juro: no estás loca… ¿es eso lo que temes? —susurraba la enfermera jefe al oído de la doctora—. Porque, si es eso, te juro que yo estoy tan loca como tú.

La sujetó con fuerza, pero procurando no lastimarla. Y acarició sus

cabellos con infinita ternura, con la delicadeza de una madre.

—No es locura, Joanna. Es... otra cosa. Yo no lo entiendo, ¿sabes? Pero estoy segura de que todo se resolverá. Joanna alzó la cabeza con ímpetu.

—¡Se resolverá! Pero... ¿cómo?

La mirada de Wanda se concentró en el magnetófono que descansaba sobre el lecho, a la altura de la cintura de la doctora Baxter.

—¿Por qué no hacemos una prueba?

Joanna siguió la mirada de Wanda y vio el grabador. Inmediatamente, experimentó un brusco estremecimiento nervioso.

—¡El magnetófono...! —murmuró.

Decidida, Wanda se inclinó y tomó el aparato en sus manos. La cápsula magnética había llegado a su fin y el aparato se había desconectado automáticamente, según pudo comprobar.

Joanna siguió ávidamente los movimientos de su amiga.

Wanda pulsó una tecla y rebobinó la cápsula de plástico. Luego tomó a pulsar la tecla de reproducción. Y esperó, impaciente, entreabiertos los labios en un gesto de ansiedad.

Se oyó un rumor levísimo. Una pausa de unos quince segundos de absoluto silencio. Luego se expandió en el aire el sonido agobiante de un sonido a microondas. Era como una especie de silbido muy agudo, como un zumbido insoportable.

Y, de repente, la voz rotunda de Mike Eastman.

—«Joanna, no me has obedecido.»

Joanna palideció.

—«Te ordené que les convencieras»... «¡Elimínales, mátales!»... «Bastará inyectarles una solución tóxica»... «¡Mátales, Joanna, mátales! ¡Tienes que hacerlo por mí!» Bruscamente, Joanna arrebató el aparato a Wanda y detuvo la reproducción.

—¡Dios mío! —murmuró.

Y dejó el magnetófono sobre la cama y se dejó abatir, exánime.

Wanda la consoló y atendió durante largo rato.

Cuando comprendió que la doctora Baxter se había tranquilizado un tanto, se inclinó y susurró amorosa pero firmemente:

—Joanna, tienes que imponerte a ti misma. De ninguna forma puedes seguir escuchando esas voces que te incitan a matar —dejó escapar un suspiro profundo. Por un momento, también Wanda pareció claudicar, pero elevó su enérgico mentón, acarició suavemente el rostro de Joanna y añadió—: Mike Eastman no existe. De veras: no sé explicarme la naturaleza de estos fenómenos, pero sé que hay algo engañoso, diabólico, en este cúmulo de alucinaciones. ¡Joanna! Tú y yo empezamos esta aventura prácticamente juntas. Tú amabas a Mike y yo a Ted Sheridan, que también murió en extrañas circunstancias...

Joanna se removió. Inmediatamente se irguió, alzó vivamente la cabeza y miró a Wanda con toda intensidad.

—¿Tú... tú amabas a Ted Sheridan?

La sorpresa de Joanna era lógica hasta cierto punto. En Moontown, Wanda López pasaba por una mujer de mediana edad sin ningún encanto, incluso un tanto hombruna, desprovista de cualquier atractivo desde el punto de vista masculino.

Wanda plegó los labios en un rictus de amargura.

—Ya lo sé. No soy guapa. No tengo una silueta estilizada, sino un cuerpo atlético, excesivamente rotundo y voluminoso. No soy una mujer muy atractiva —confesó, palabra a palabra—. Pero tengo corazón, sensibilidad... ¡siempre sentí como una mujer! Y conocí a Ted Sheridan y le amé apasionadamente. Tuvimos uno o dos contactos. El se dejaba mimar por mí. Yo era una mujer fuerte, que le satisfacía y le consolaba cuando Ted experimentaba eso que tú llamas «psicosis lunar»...

Wanda alzó los hombros, se pasó una mano por los labios y esbozó un gesto duro.

—Supongo que Ted no me amó nunca. Sólo venía a refugiarse en mí cuando se sentía débil y desconsolado. ¿Complejo de Edipo? Es posible, Joanna. Yo era mucho más madura que él, aunque me llevase casi diez años. Yo le prodigaba ternuras, le elevaba el ánimo, le devolvía su seguridad masculina, le ofrecía mi cuerpo... Y yo vibraba con él, porque le amaba. Y luego, cuando se produjo la alarma...

Un sollozo la obligó a interrumpir su confidencia. Wanda ocultó el rostro entre ambas manos y se apoyó en el hombro de Joanna, que empezaba a olvidar sus íntimos problemas para participar de los de Wanda López.

Mientras la enfermera jefe lloraba quedamente, abrazada a ella, Joanna recordó aquellos momentos.

Súbitamente, se produjo en todas las instalaciones la señal destellante de la Alerta-Uno.

Hubo una gran conmoción en Moontown. Sonaban quedamente las sirenas y en los pasillos fulgían las luces rojas de emergencia prioritaria.

Muchas personas galopaban por los pasillos, se cruzaban, tropezaban, mientras los altavoces empotrados repetían cansina y obsesivamente:

—¡Atención, atención, a todos los servicios integrados en Alerta-Uno! Estaciones de seguimiento acaban de detectar la presencia próxima de algún ingenio espacial en nuestra área. Se trata de una astronave de grandes proporciones Din-1000-20 sobrevolando al nivel superor del área del campamento Silver Plains. El personal técnico de la sección de defensa...

Joanna, que había escuchado la alerta en el laboratorio, abandonó el hospital y se dirigió al área del ingeniero de servicios, por entonces Bob Domínguez.

Bob estaba en su cabina, comunicándose con el coronel Maloney. Pero cuando escuchó las órdenes dictadas por el jefe militar de Moontown y conversó unos segundos con sus ayudantes, Joanna pudo formular una pregunta al jefe de servicios del Nivel III.

—¿Qué es lo que está pasando, Bob?

—Todavía no lo sé, doctora. Pero me basta escuchar especificaciones como Din-1000-20 para sospechar que se trata de esa enigmática astronave a la que los primeros cosmonautas que pusieron sus pies sobre la Luna bautizaron como el *Corsario Negro*.

—¡Ah, el *Corsario Negro*! —murmuró Joanna, asombrada y llena de excitación.

—Eso es lo que pienso. Ted Sheridan acaba de enviar un SOS desde el campamento Silver Plains, donde él y otros dos hombres llevaban a

cabo prospecciones geológicas. Ted parecía asustado. Luego se ha producido la alarma. En este momento, las unidades de defensa están ya en las alturas en dirección a Silver Plains. ¡Ojalá logremos saber de una vez qué significan esas periódicas visitas del *Corsario Negro*!

La doctora Baxter se llevó una mano a los labios, pensativa. Luego, alzó la mirada, clavó sus ojos en los de Bob Domínguez y preguntó:

—Pero, ¿qué es exactamente el *Corsario Negro*?

CAPÍTULO VI

Varios años antes de que Neil Armstrong pusiera su pie sobre el satélite de la Tierra, los pacientes astrónomos del observatorio británico de Lowells habían detectado una singular mancha oscura que parecía orbitar alrededor de la Luna.

Los científicos de Lowells siguieron aquel inusitado fenómeno con gran interés. Poco después llegaron a la conclusión de que aquel punto negro no era un asteroide alrededor de la luna, aunque sus dimensiones, calculadas en unos seiscientos metros de longitud, cien de anchura y ochenta de profundidad —dimensiones considerables—, fueron las que les llevaron inicialmente al error.

Acoplando un módulo fotográfico ordenado electrónicamente, los del observatorio de Lowells consiguieron al fin unas fotografías bastante nítidas de aquel cuerpo extraño que —esporádicamente— giraba alrededor de la Luna.

Sir George Lipton examinó las ampliaciones fotográficas y exclamó:

—¡Tiene una silueta magnífica! Tiene todo el aspecto de uno de los navíos corsarios que utilizaba el viejo sir Francis Drake[1]...

En verdad, el perfil —aumentado varios miles de veces de aquel pequeño punto errante recordaba muy aproximadamente la estructura airosa de una gran nave. (Hasta unos doscientos años después no sabrían los científicos que verdaderamente se trataba de una nave. O, mejor, de una astronave).

Los astrónomos de Lowells bautizaron con el nombre de *Corsario Negro* a aquel puntito negro de dimensiones infinitesimales que, caprichosamente, aparecía girando alrededor de la Luna.

Por entonces, los científicos imaginaban que se trataba de un asteroide errático de unas cuantas megatoneladas de masa.

Imaginaban que el *Corsario Negro* había viajado durante muchos años-luz a través del espacio inmenso y que, finalmente, había sido atraído por la fuerza gravitatoria del satélite terrestre.

Sir George Lipton estaba ansioso por participar su descubrimiento al mundo de la ciencia. Pero sus sesudos colaboradores le convencieron de que tal proceder podía resultar sumamente arriesgado.

Y posiblemente les asistía la razón.

Porque, en definitiva, ¿qué sabían acerca del *Corsario Negro*? En tres ocasiones, los astrónomos de Lowells habían detectado su presencia alrededor de la Luna. No giraba regularmente *autour de la Lune*, sino que aparecía y desaparecía veleidosamente.

Desde luego, el interés de sir Lipton era formidable. Personalmente, se propuso observar al satélite para desentrañar el misterio de aquel pequeño punto negro.

Negro, exactamente, pues las ampliaciones fotográficas no acusaban ningún relieve ni destello en su silueta.

Era un cuerpo mate, sin reflejos, lo que llevó a pensar a los astrónomos que podía tratarse de una enorme masa de carbón, desprendida de algún remoto planeta muerto.

Sin embargo, la característica más singular del *Corsario Negro* era que aparecía muy de cuando en cuando y desaparecía de improviso para permanecer oculto durante largo tiempo.

Enigma tras enigma. Se comprobó que las órbitas del «asteroide» no eran tales, sino rápidas «pasadas» sobre la superficie lunar.

Varios meses después, sir George Lipton declaró:

—No parece una simple masa mineral. Yo diría más bien que es…

Pero el viejo científico se detuvo ahí y jamás aclaró específicamente sus sospechas.

El descubrimiento fue comunicado a otros observatorios astronómicos y alcanzó cierta notoriedad entre los hombres de ciencia. Se publicaron estudios, hipótesis, teorías... todo relacionado con aquel minúsculo puntito negro que era posible observar —con suerte y constancia— a veces si se disponía de un telescopio lo suficientemente potente.

Todo esto ocurría en la década 1940-50.

Como se trataba de un descubrimiento meramente científico y atípico, la noticia no trascendió al gran público.

Pero las distintas promociones de astronautas, tanto americanos como soviéticos, sí tenían un conocimiento mediano de la presencia del *Corsario Negro* en la Luna.

Se organizaron costosos programas de observación por parte de las dos principales potencias mundiales. Tanto los norteamericanos como los soviéticos sabían ya en la década de los sesenta que el *Corsario Negro* no era ningún asteroide, sino una macro-astronave gobernada por seres inteligentes.

El *Corsario Negro* no se limitaba a rodear la Luna en órbita. Aunque desde la Tierra sólo pudiera vérsele como un diminuto punto de silueta muy singular, los observadores habían llegado a la conclusión de que se trataba de una verdadera astronave. Bastaba considerar sus largas ausencias y las rutas sobre el satélite —tan singulares y erráticas— para comprenderlo.

Como siempre, estos descubrimientos fueron protegidos por el más riguroso secreto. Ni siquiera los astronautas tuvieron acceso a ciertos conocimientos relacionados con el *Corsario Negro* hasta los últimos momentos de sus arriesgados periplos por el espacio exterior.

Al fin, llegó el momento del colosal programa espacial APOLLO. Entre el 21 y 27 de diciembre de 1968 —siempre aprovechando la menor distancia a nuestro satélite—, los cosmonautas Gormans, Anders y Lowell realizaron el primer vuelo tripulado en torno de la Luna. Era el Proyecto APOLLO VIII. Los norteamericanos dieron diez vueltas alrededor del satélite. En la órbita número cuatro, los hombres del espacio vieron aparecer súbitamente el casco enorme del Corsario Negro a una distancia peligrosamente cercana del Módulo en que se encontraban.

Ambas astronaves —David y Goliath— se cruzaron en una pasada fulminante, celérea. Los americanos ni siquiera tuvieron tiempo de

reaccionar, de forma que la alargada silueta negra del Corsario pasó bajo ellos sin darles tiempo siquiera a disparar sus cámaras automáticas.

Las conversaciones Tierra-Módulo eran permanentes, de modo que en Houston pudieron escuchar perfectamente las exclamaciones de estupor de los astronautas terrestres, y los médicos especialistas que controlaban los estados de ánimo y la salud de los americanos detectaron súbitas emulsiones de adrenalina por parte de los astronautas yanquis. Lo cual podría traducirse a términos coloquiales con una palabra vulgar: miedo. Los pilotos Lowell, Anders y Gormans habían experimentado un sentimiento de sorpresa y pánico cuando la mastodóntica astronave alienígena cruzó como un bólido bajo la feble estructura del Módulo terrestre.

Siguiendo, como siempre, la técnica del silencio, este informe no fue difundido.

En la vuelta número nueve, el acercamiento entre el Módulo y el *Corsario Negro* fue mucho más espectacular. De repente, Lowell advirtió que la masa colosal de la astronave alienígena se precipitaba sobre ellos —desde Houston, el control cardiológico de Lowell registró súbitamente que el corazón de Lowell superaba las 200 pulsaciones por minuto.

El susto debió ser atroz, por parte de los tres norteamericanos. Pero la masa oscura del Corsario Negro pasó por encima de ellos como una exhalación sin afectar en absoluto a la marcha del Módulo.

Entonces tuvo lugar un hecho singular. A los pocos minutos, Gormans advirtió a su izquierda una sombra afilada, como la proa de un barco estilizado.

—¡El *Corsario Negro*! —exclamó Anders, palpitante. La enorme estructura permanecía a su Izquierda, a poco más de trescientos metros de distancia, de forma que cuando el Módulo apareció a los rayos del sol, la masa de la astronave lo tapó por completo, dejándolo en la densa sombra.

Gormans tuvo la sangre fría suficiente como para operar el mecanismo de las cámaras automáticas, que funcionaron al instante, aunque sólo pudieron captar la silueta de la astronave que les seguía, emparejada.

Un alargado fuselaje de unos seiscientos metros de longitud por cien de anchura y ochenta de grosor. ¡Una verdadera astronave!

Silenciosa, impresionante, negra como la noche espacial. Al cabo, los cosmonautas perdieron el temor. El *Corsario Negro* volaba en compañía del Módulo, sin desviarse un milímetro. Pero si aquel ingenio era tripulado por seres inteligentes, no demostraron la menor animosidad.

¿Curiosidad solamente?

Esa fue la opinión unánime de los tres cosmonautas. Quizá se preguntasen aquellos tres valerosos individuos qué iba a ocurrir cuando, cumplida la órbita número diez, acelerasen los cohetes para escapar a la atracción del satélite y volar libremente, de regreso a la Tierra.

¿Los seguiría entonces el *Corsario Negro*?

La incógnita quedó despejada por sí misma a los diez minutos.

Se cumplía justamente la vuelta número nueve, cuando fulminantemente el *Corsario Negro* se desprendió con suavidad de la ruta paralela, ascendió y... desapareció.

Todo ello en unas cuantas décimas de segundo.

Hay que imaginar que Gormans, Anders y Lowell respiraron más tranquilos al sentirse libres de la extraña —y atosigante— compañía...

Como no habían recibido el menor daño ni perturbación —excepto la anímica—, perdieron el miedo y se aprestaron a filmar de nuevo al *Corsario Negro* en cuanto volviera a aparecer a la vista.

Según confesaron ellos mismos, estaban deseando apasionadamente que la astronave alienígena volviera a ponerse al alcance de sus ojos y de sus sofisticadas telecámaras.

Pero la vuelta número diez —la última— se llevó a cabo normalmente, sin que en el horizonte de los cosmonautas americanos se dibujara la ya familiar, aunque medrosa, silueta de la super-astronave *Corsario Negro*.

Después, los propulsores del Módulo empujaron con potencia suficiente y los tres norteamericanos abandonaron en su nave la órbita lunar y afrontaron, en parábola, el destino a la atmósfera terrestre.

La documentación aportada por los hombres del APOLLO-VIII era muy importante y trascendente. Pero del cúmulo de datos —como siempre

— sólo trascendió al público lo que la censura permitió divulgar.

Luego, entre el 3 y el 14 de marzo de 1969, los astronautas Alton, Scott y Schweickart ensayaron un módulo lunar en la órbita terrestre. Schweickart declaró que en una de las órbitas había visto venir hacia ellos una silueta negro intenso «como el carbón», muy parecida al *Corsario Negro*. Pero sus compañeros, Scott y Alton, no apoyaron tal testimonio. (Al parecer, realizaban unas pruebas de análisis cuando Schweickart realizó el avistamiento de la super-astronave).

La misión APOLLO-X llevó a la órbita lunar a Stafford, Cernan y Young. A su vuelta a la Tierra, Stafford hizo algunas declaraciones relacionadas con «una enorme nave espacial» avistada sobre la superficie de la Luna. Declaraciones que fueron censuradas por altos ejecutivos de la NASA.

Al fin, llegó la deseada misión APOLLO-XI. Por fin, Neil Armstrong conseguía poner sus pies sobre la superficie lunar. Aldrin le acompañaba.

Las conversaciones entre los astronautas y el centro de la NASA en Houston llegaron parcialmente a los oídos de todos los ciudadanos del mundo. Pero se censuraron varios de los informes transmitidos por Aldrin y sobre todo por Neil Armstrong. ¿Por qué? Armstrong había visto «algo» anormal sobre la Luna. Y esto sin necesidad de servirse de ningún instrumento óptico de precisión.

¿Qué era lo que había visto Armstrong?

Neil recorrió el mundo en loor de multitudes, pero jamás hizo ninguna declaración en relación con la hora y minutos censurada por los capitostes de la NASA o el gobierno norteamericano.

Después se sucedieron los distintos viajes del proyecto APOLLO alguno de los cuales, fracasó. Pero en el APOLLO-XVIl Cernan y Schmitt observaron una extraña sima circular en la falda de una montaña.

Ellos no lo sabían aún, pero aquélla era la sima Yamarai.

CAPÍTULO VII

Durante el almuerzo, Wanda López hizo todo lo posible por acercarse a la doctora Baxter. El comedor estaba lleno rebosar, pero Wanda sostenía firmemente su bandeja en las manos al tiempo que procuraba abrirse camino entre las mesas abarrotadas de comensales.

Al fin, llegó a la mesa donde Joanna masticaba sin apetito una ensalada de verduras.

Comieron en silencio. Sólo cuando se despejó considerablemente el amplísimo salón del Nivel-III, la enfermera jefe alzó la mirada y escrutó las facciones de Joanna.

—¿Qué has decidido?

—¿Decidir? ¡Yo no puedo decidir! Al parecer... todo está acordado de antemano —respondió la doctora Baxter con un gesto fatalista.

—Explícate, por favor.

—Hay poco que explicar, Wanda. Fui a ver al mayor Faulkner esta mañana. Llevaba el magnetófono conmigo. Iba dispuesta a confesarme con él, a participarle todos mis recelos, mis preocupaciones, mi tragedia... Pero antes quería hacerle oír la grabación que tú misma tuviste la oportunidad de escuchar... Imagino que yo aún seguía empeñada en conseguir que Faulkner suspendiese la exploración de la sima Yamarai. La verdad, Wanda: esperaba que el mayor se sintiese impresionado al escuchar las locas advertencias de Mike. Pues a bien, resultó el más frustrante de los experimentos.

—¿Por qué? —inquirió Wanda, atenta.

—Puse el aparato en marcha y... no había ninguna grabación. La cápsula magnetofónica giraba y giraba, pero no pudimos oír nada. Di unas explicaciones a Faulkner y el mayor llamó a uno de sus ingenieros en Electrónica. Trajeron, también, un sofisticadísimo aparato capaz de revelar de nuevo las grabaciones borradas. Pero ni aun así. Delante de mí, sometieron esa cápsula a una serie exhaustiva de pruebas. Tras el fracaso, me sentí ridícula, pero Faulkner se comportó como un caballero. Quiso saber qué pretendía yo haciéndole escuchar la supuesta grabación, parecía tan interesado. Pero...

—¿Qué?

—¿No lo comprendes, Wanda? ¡Yo ya no tenía ninguna prueba demostrable de que los mensajes de Mike Eastman «fueran reales»!

—Comprendo. No quisiste confiarte al mayor porque sospechaste que él se reiría de ti…

—Sí.

—Pero, ¡pudiste llamarme a mí como testigo! E incluso a Adelina Chiardoni. Las dos hubiéramos apoyado tus palabras.

Un gesto de desgana frunció fugazmente los labios gruesos de la doctora Baxter.

—¿Para qué? De todas formas, el mayor está dispuesto a iniciar la segunda exploración de Yamarai —protestó Joanna.

La enfermera jefe escrutó con gran interés las facciones de la doctora.

—¿Y qué te importa a ti? —preguntó, un tanto impaciente—. ¡Déjalos que exploren e investiguen todo lo que les apetezca! Joanna, con el corazón en la mano, ¿crees que esa exploración te dañará de alguna forma?

—No sé qué pensar. En cierto modo, deseo con toda mi alma llegar al final de este asunto, pero… Por otra parte, siento un temor irracional, Wanda.

Se acarició las sienes con un movimiento muy nervioso, y desesperado y añadió:

—De todas formas, ya no puedo volverme atrás de mi decisión…

—¿Qué decisión? —preguntó Wanda, alarmada.

—He pedido al mayor que me incluya en la expedición.

—¡Estás loca! ¿Qué se te ha perdido en…?

Pero Joanna le dirigió una mirada intensa y severa.

—Se me perdió Mike. Para ti era Ted Sheridan. Para mí, Mike Eastman. A Ted lo enterramos con todo el dolor de nuestro corazón, pero el cuerpo de Mike aún permanece en las profundidades de Yamarai.

Lanzó un profundo suspiro y murmuró:

—Bueno, eso es lo que todos suponemos.

* * *

Era increíble, Wanda lo había conseguido. Joanna no podía imaginarse los resortes psicológicos que su enfermera jefe había pulsado, pero lo cierto era que Wanda López había sido incluida en el equipo de técnicos que participarían en la segunda exploración de la profunda sima Yamarai.

Las operaciones comenzarían a la salida del sol. Los sesenta participantes en la expedición se habían trasladado a las proximidades del cráter Chrystal el día anterior. Se había establecido un vivac compuesto por módulos metálicos a presión, perfectamente acondicionados, donde los expedicionarios pasaron la noche.

Joanna y Wanda ocuparon una de las pequeñas cabinas-módulo. Ninguna de las dos podía conciliar el sueño.

Hicieron té en una tetera automática y decidieron estudiar un mapa de la zona.

—Es curioso —observó Wanda, señalando un punto sobre la carta lunar—. El campamento de Silver Plains, donde trabajaba Ted con sus dos ayudantes, se encuentra apenas a diez kilómetros de aquí.

—¿Qué quieres decir?

—No sé… Pero quizá los tripulantes del *Corsario Negro* tuvieran que ver algo con sus muertes. ¡Acércate! —la invitó Wanda, y le mostró la línea que ella misma había trazado con rotulador rojo—. Examina este mapa atentamente. Mira esa línea recta. ¿Qué es lo que ves?

Joanna entornó los ojos para agudizar su visión. Concentró su atención en el inicio del trazo rojo. Empezaba aproximadamente en el Scott Promontory, una aguja de lava solidificada de unos trescientos metros de altura (debía su nombre a Scott, uno de los primeros astronautas que visitaron la Luna). El recto trazo pasaba por encima del campamento Silver Plains e iba a terminar en las proximidades de la boca de la sima Yamarai.

—No entiendo —confesó Joanna con sinceridad.

— Ya te lo explicaré. Cuando los aerocomandos de la Alerta-Uno se

elevaron en el aire (inmediatamente después de que fuera detectada la presencia en el nivel super-4 del *Corsario Negro*), no tuvieron oportunidad de encontrarse con la nave alienígena, la cual, según los de Alerta y Control, se había esfumado literalmente en el espacio, pues los aparatos de seguimiento dejaron de percibir su existencia y todo control se perdió. Pues bien, una vez en las alturas y sobre esta zona —Wanda señaló el trazo rojo de rotulador—, advirtieron que una gran franja de terreno aparecía manchada de un tono marrón oscuro.

—Pero...

—Déjame seguir. Esa franja abarcaba más o menos la zona que yo he marcado en rojo. Las naves de Alerta-Uno descendieron poco después a la superficie y advirtieron que la superficie estaba vitrificada. ¡Todo! Rocas, fragmentos, polvo lunar. Hasta unos tres centímetros de profundidad e incluso más, todo se había vitrificado.

—Eso quiere decir que... el *Corsario Negro* irradió calor a gran temperatura sobre esa zona.

—¡Sí! La franja tiene poco más de cien metros. Sensiblemente la misma anchura de la estructura de esa enigmática astronave, ¿no? ¡Por eso los cadáveres de Ted Sheridan y sus dos ayudantes se habían convertido en momias! He consultado este aspecto con Pete Doyle, especialista en Geotermia. Doyle aseguró que una fuerte irradiación de calor, a alta temperatura, pero de duración infinitesimal, puede desecar un cuerpo humano o de cualquier animal. El fenómeno dura unas décimas de segundo. Pero la cantidad de calor tan elevado, y la altísima temperatura, pueden conseguir ese efecto.

Tragó saliva, sus ojos se humedecieron.

—¡Pobre Ted! Y pobres sus compañeros. ¡Ni siquiera tuvieron oportunidad de defenderse! Estaban vivos aún cuando comunicaron con Moontown. Pero no tuvieron tiempo de defenderse. En menos de un segundo, sus cuerpos...

Compadecida, Joanna pasó un brazo por encima de los duros hombros de su amiga.

—Olvídalo, Wanda. Ya no tiene remedio. Wanda se irguió con coraje y fiereza.

—¡Ya lo sé! —gruñó—. Ahora sólo quiero seguir investigando, saber... ¡saberlo todo! Y he llegado a una conclusión.

—Lo sé, Wanda. La muerte de Ted y sus dos ayudantes «fue accidental».

—¡Sí! —exclamó la enfermera jefe dando un fuerte puñetazo sobre la mesa—. El *Corsario Negro* no atacó a Sheridan y sus geólogos. Ahora estoy segura de una cosa: su objetivo era el equipo de exploración situado junto a la sima Yamarai.

Joanna miraba el mapa como alucinada.

—Debía estar aquí, —señaló Wanda un punto en el mapa—. Es el «Triángulo Ebano». Ya sabes a qué debe su nombre. El fondo de esa oquedad es negro, sedimentos de grafito... ¡el lugar ideal de camuflaje para el Corsario! Negro como el carbón, una estructura sin relieves aparentes... sobre la superficie del «Triángulo Ebano», podía pasar perfectamente desapercibido a una inspección ocular desde las alturas, incluso si los de Alerta-Uno daban una pasada al supernivel 4 (cuatrocientos metros sobre la superficie). Inmóvil sobre la llanura negro mate, nuestros controles no habían detectado su presencia hasta

que se produjo algún tipo de actividad dinámica en los propulsores de la astronave...

Joanna tomó un compás y midió la distancia entre el «Triángulo Ebano» y el campamento Silver Plains.

—¡Apenas 1.800 metros de distancia...! —exclamó asombrada.

Wanda asintió.

—Si. Ahora estoy segura. Ted y sus camaradas debieron advertir algo anormal y por eso emitieron el SOS. Fueron apenas unos segundos de comunicación. Inmediatamente el *Corsario Negro* se elevó e irradió un calor insoportable desde baja altura. Eso explica los cuerpos momificados de Ted y los suyos, la franja de tierra y rocas que ha quedado vitrificada, brillante... Pero el objetivo del *Corsario* era otro... ¡el equipo del mayor Faulkner!

Muy excitada, Wanda señaló con la punta de su rotulador el final del trazo rojo que ella misma había marcado con exactitud.

—¿Ves, Joanna? La franja vitrificada termina bruscamente a poco más de 1.000 metros de la sima. Con esa irradiación mortal, sólo perseguían un fin: evitar que Faulkner y sus hombres profundizaran en la sima —el rotulador de Wanda se detuvo en el aire bruscamente—. Y eso sólo nos puede llevar a deducir que las criaturas que tripulan la super-astronave negra trataban por todos los medios de evitar que nuestro equipo descubriese algo... algo que se encuentra en Yamarai. Algo que... tal vez les pertenece. O que... resulta de vital importancia para ellos.

CAPÍTULO VIII

Joanna vertió en el recuperador de líquidos el té que contenían ambos vasos. El té se había enfriado ya y así no tenía ninguna gracia beberlo.

Aguardó un par de minutos y recuperó el agua, absolutamente pura y cristalina, y la puso en la tetera automática.

En seguida, agregó azúcar —sólo se permitía su consumo por las

noches, demasiado frías en la Luna—, removió ambos vasos y ofreció uno a Wanda, que se lo llevó a los labios, bebió un trago y ... gritó, escaldada su boca.

—Así que tú crees que el objetivo del *Corsario Negro* era aniquilar a Faulkner y su equipo de espeleólogos —sugirió Joanna, fascinada.

—¡Naturalmente! —Wanda probó un sorbo de té, esta vez con mayor precaución—. Verás, desde la muerte de Ted puse todo mi interés en ir recopilando datos. Yo estuve en Silver Plains para recoger los cadáveres y pude ver esa zona vitrificada. Vi que formaba una franja en línea recta de unos cien metros de anchura... Relacioné estos datos y después hice algunas comprobaciones. Yo llevaba una cámara fotográfica de precisión cuando subí a una nave con el fin de rescatar a Elliot Davidson, que había sufrido un colapso cuando tripulaba uno de esos planeadores magnéticos llamados *Spidermobil*. Mientras nuestro piloto ensamblaba su nave al *Spidermobil* donde Elliot agonizaba, yo tuve tiempo suficiente para realizar una serie de fotografías con tele-objetivo de largo alcance. Bueno, tú salvaste a Elliot y eso no importa ahora. Lo que importa es que fotografié esa franja y llegué a las deducciones que acabo de revelarte.

—Entonces... ¿por qué no murieron Faulkner y su equipo súbitamente momificados como Sheridan y sus ayudantes? —sugirió Joanna.

—¿Por qué? —se exaltó Wanda—. Tú seguiste por radio las incidencias de la exploración. Mike Eastman descubrió una galería horizontal a unos doscientos metros de profundidad. Esperó a que el mayor y los restantes seis hombres llegasen a su nivel y todos se introdujeron en el túnel, con la idea de explorarlo. ¿No recuerdas las exclamaciones de los exploradores? Dijeron: «Súbitamente, a pesar de nuestros trajes termostables, hemos percibido una anormal elevación de la temperatura. Nos sentimos materialmente inundados por nuestro propio sudor y las rocas crujen misteriosamente. Pero sólo ha sido un momento. No sabemos a qué se debe este extraño fenómeno, pero el mayor Faulkner, de acuerdo con todos, ha decidido que prosigamos la exploración.» ¿No lo recuerdas?

—¡Sí! Mike se sentía abrasado y por un momento temí.

Pero... ¡Dios Todopoderoso!, lo que sucedió a continuación fue mil veces más dramático. Mike...

Wanda terminó su té y arrojó el vaso de papel a su espalda con un ademán colérico.

—Lo sé. Decidieron abandonar el reconocimiento de aquella galería y seguir descendiendo. ¿Sabes lo que pienso? Que los cordajes de Mike se debilitaron y rompieron como consecuencia del roce contra las paredes sobrecalentadas de las paredes de la sima… A poco que reflexiones, Joanna, llegarás a la misma conclusión que yo —dijo.

Joanna reflexionaba, cavilaba intensamente.

—Las fotografías que yo realicé sobre la vertical de Yamarai, revelaban que los bordes del pozo se habían fundido. ¡Brillaban como el cristal desde arriba, Joanna! El halo de insoportable calor penetró a través de la cavidad y hubiera matado, convertido en momias a todos los espeleólogos… de no encontrarse en la protección de la galería secundaria hallada al nivel de los doscientos metros de profundidad. ¡Eso fue lo que les salvó!

Pero Mike no se había salvado.

Sus cordajes, a base de fibras sintéticas, se habían fundido con el calor de las rocas del pozo y Mike… ¡Joanna no quería imaginario siquiera!, había exhalado un alarido de sorpresa y espanto y se había precipitado al profundo abismo.

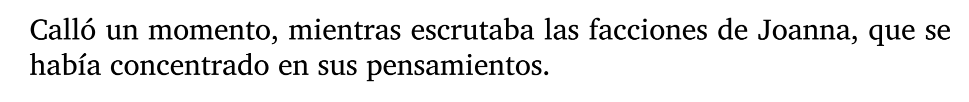
La gravedad en la Luna es una sexta parte la de la Tierra, ciertamente. Una caída de 70 metros de altura no significa allá arriba, afortunadamente, la muerte, aunque sí alguna fractura ósea de cierta importancia. Pero las sondas llevadas a cabo desde la superficie por el equipo de espeleólogos habían demostrado que el pozo de Yamarai tenía una profundidad de 1.080 metros.

La caída de Mike Eastman fue, pues, de casi novecientos metros. La aceleración de la caída en vertical suponía necesariamente la muerte.

Wanda no demostraba ningún deseo de dormir, aunque era ya sobradamente llegada la hora de dedicarse al descanso.

Wanda seguía obsesionada con aquel tema.

—Tuve que ir desentrañando la madeja milímetro a milímetro —confesó a la doctora Baxter—, pues Faulkner convenció a todos de que debían callar acerca de lo sucedido en Yamarai el día que Mike perdió la vida. O bueno, si lo prefieres, el día que desapareció en el abismo. Nosotros, en Moontown, no supimos nada de la ola de calor, ni de la franja vitrificada que une el «Triángulo Ebano» con la boca de Yamarai. Pero ellos no contaban con mi interés por saber qué había ocurrido exactamente. Ahora lo sé.


Calló un momento, mientras escrutaba las facciones de Joanna, que se había concentrado en sus pensamientos.

—¿Por qué callas, qué te pasa?

Joanna alzó la mirada.

—Nada. Pensaba en lo que tú dijiste antes: el secreto que encierra ese pozo de más de mil metros de profundidad —dijo.

—¿Estás de acuerdo con mis deducciones?

—Totalmente. Son exactas. Y voy a confesarte algo que hasta ahora no he dicho a nadie.

—¿Qué? —musitó la animosa enfermera jefe, prendido el interés.

—Sólo hace unas semanas… Yo también hice algunas comprobaciones por mi cuenta, Wanda. No sé cómo se te escapó Investigar en esa dirección…

—¡Vamos, Joanna, no hables en términos jeroglíficos! —protestó Wanda, impaciente—. ¿A qué tipo de investigación te refieres?

Joanna se humedeció los labios con un sorbo de té.

—Fue cuando comencé a sufrir las alucinaciones, cuando empecé a convencerme de que lo que yo oía y veía no eran simples delirios, sino algo más importante y misterioso. Wanda… conscientemente comencé a preguntarme si Mike no estaría vivo en el fondo de la sima. Si, por algún raro fenómeno telepático, podría él comunicarse conmigo, ansioso por obtener mi ayuda.

—¡Sigue! Es muy interesante —murmuró Wanda, encendiendo un cigarrillo.

—Fue cuando pedí al coronel Maloney que organizase una expedición de rescate. Quería saber si Mike estaba vivo o muerto. Si estaba muerto… al menos que yo pudiera sepultar su cadáver en Moontown, en aquella porción de jardín que se utiliza como cementerio. Pensaba en esto y de pronto me sorprendí al considerar cuán pocas personas estaban enterradas allí…

—Pero …

—No te has detenido a considerarlo, Wanda? —la doctora Haxter tomó a su amiga por los brazos y la sacudió directamente, como si con

aquel movimiento lograse una mayor concentración mental en su amiga.

—Bueno, lo confieso. Jamás pensé en eso. No soy muy receptiva para los temas fúnebres.

—Ni yo, por supuesto. Pero subí al Nivel-1 y pensé que me gustaría acudir allí de vez en cuando para mantener una «conversación» con Mike. Me hubiera servido de consuelo saberle allí, junto a los ficus y las verdes hiedras que cuelgan en los muros. Entonces me di cuenta de que apenas había una docena de enterramientos.

—Todavía no sé adonde vas a parar.

—Escucha, Wanda: la historia de Moontown sólo tiene doscientos dieciséis años. Pero por la base han pasado más de cien mil personas en ese tiempo. ¿No era lógico pensar que en doscientos dieciséis años «tenían» que haber muerto muchas más personas? —planteó Joanna.

—Bueno… Ya sabes que la edad media de las personas que trabajan en Moontown base rara vez supera los cincuenta años. Muchos piden ser relevados apenas superados los cincuenta y son trasladados a la Tierra o a la ciudad artificial de Nova Esperanza. Es lógico que la mortalidad no sea muy elevada. En consecuencia, son pocos los que mueren aquí. Por eso, apenas tenemos una docena de tumbas en el Nivel-1 de Moontown —arguyó razonablemente la enfermera jefe.

Joanna sonrió sin ganas.

—¿Olvidas que yo realizo ese tipo de estadísticas en Moontown? Por supuesto que tuve en cuenta tus propios argumentos —respondió—. Pero yo sé que se producen accidentes mortales en las prospecciones geológicas, en la factoría hidro-química de Kennedy Cráter y también en las operaciones astronáuticas de vigilancia y estudios. Por curiosidad, consulté las listas de los muertos en la Luna a lo largo de la última década. De los que habían muerto violentamente o por causas desconocidas. En realidad, no eran simples muertes. En la mayoría de los casos, las bajas se referían a «desapariciones». Personas que habían desaparecido y cuyos cuerpos jamás se habían recuperado.

—Y…

—Eran ciento ochenta y cinco. ¿Recuerdas al joven Pat McCrea, que desapareció hace dos años cuando pilotaba una nave-transporte hacia Nova Esperanza? Nuestros pilotos encontraron la nave, errando a doscientos mil kilómetros de distancia, mucho más allá de esa ciudad

artificial que cobija a los jubilados. Pero Pat no estaba a bordo. Desapareció misteriosamente.

—Joanna, ahora comprendo lo que querías explicarme. ¿Quieres decir que todos esos desaparecidos pueden estar en... en el fondo de Yamarai? —susurró Wanda, muy impresionada.

—¡Ojalá lo supiera! Lo que sí puedo decirte es que en diez años terrestres, ciento ochenta y cinco hombres y mujeres han desaparecido misteriosamente cuando llevaban a cabo misiones fuera de Moontown, bien en la superficie, en las alturas o en las profundidades. Sólo dos personas fallecieron por otros problemas de los llamados «normales»: un colapso, una peritonitis accidental... Los otros se esfumaron misteriosamente y nunca más se supo de ellos.

Wanda parecía preocupada. Las ideas que barajaba su mente se traslucían en leves pero rápidos parpadeos.

—Tienes razón, Joanna: es inquietante. Y...

—Tan inquietante como otros datos que he conseguido investigar. El *Corsario Negro* suele aparecer siempre por la zona que tú has marcado en rojo sobre el mapa. Y algo aún más espeluznante: siempre que nuestros servicios de Alerta y Control detectan la presencia de esa misteriosa astronave, desaparece inexplicablemente uno de nosotros.

Joanna, obsesionada, apoyó la cabeza sobre sus manos y contempló obsesivamente el mapa.

Wanda se puso en pie, rodeó la mesa y golpeó levemente en la espalda a la doctora Baxter.

—Deja de atormentarte, Joanna —dijo, solícita y amistosamente—. Tenemos que descansar. Al amanecer...

Pero no fue exactamente al amanecer cuando se iniciaron los siguientes acontecimientos.

CAPÍTULO IX

—¡Joanna!

La doctora Baxter se puso en pie de un brinco. Wanda, que la asía por los hombros en la oscuridad, percibió la leve trepidación de su sistema nervioso.

—¡Qué...!

Wanda sofocó su alarido.

—Cálmate. No tienes nada que temer. Sencillamente: el mayor Faulkner acaba de enviar un aviso. La operación empezará ahora mismo —susurró la enfermera a su oído.

—Pero... ¡No veo ninguna luz, aún no ha amanecido! —protestó Joanna, que sentía todavía el sopor del sueño.

—No importa. Es una de las medidas de seguridad del mayor Faulkner. Quiere llevar en secreto hasta la última fase de esta operación. Permitió que todos supusiéramos que la exploración se iniciaría al amanecer, pero ya había decidido que se empezara dos horas antes...

—¡Dios mío, ni siquiera tengo fuerzas para mantenerme en pie! Creo... que ni siquiera hemos dormido un par de horas —gimió Joanna.

—Tómate esto —Wanda puso en sus labios una diminuta píldora—. Dentro de unos minutos, tendrás toda la energía necesaria. No perdamos tiempo ahora. Hay que colocarse el traje termostable y los equipos de respiración. Faulkner hace bien las cosas: durante la noche, algunos de sus hombres han descendido hasta los doscientos metros y almacenado balones de oxígeno en la galería horizontal. En cantidad suficiente para permanecer más de veinticuatro horas ahí abajo.

Joanna tragó la píldora. Se irguió.

Le flaqueaban las piernas, pero tomó el traje que Wanda le entregaba y se embutió en él. Wanda la auxilió con movimientos precisos y expertos.

Poco a poco, advirtió que las fuerzas regresaban a ella.

Ayudó a Wanda a embutirse en su equipo y ambas tomaron los botiquines de urgencia y los colgaron de sus hombros y los afianzaron con mosquetones metálicos a sus cinturones.

A partir de ese momento, era inútil gritar. Aunque cada equipo incluía un micro-radio-transmisor muy eficiente, lo mejor era entenderse por

señas.

Aguardaron en la puerta de la cabina hasta que sus oídos captaron el familiar silbido de la despresurización de las cabinas acopladas.

En el exterior, los hombres del mayor Faulkner habían instalado proyectores de infrarrojos, que permitían ver en la oscuridad, aunque no se pudieran distinguir los relieves con nitidez.

Según pudo observar Joanna, la misión se había organizado perfectamente. Se había atendido al camuflaje de las cabinas y de los restantes elementos a utilizar. En la boca de la sima de Yamarai, el montacargas había sido cubierto con una gran lona que presentaba un círculo negro. Desde las alturas, cualquier observador sólo vería la boca de la sima.

De los sesenta hombres y mujeres —mujeres sólo la doctora Baxter y Wanda López— que habrían de tomar parte en la exploración, veinte individuos quedarían en la superficie como equipo de emergencia.

Por lo demás, cada explorador estaba marcado con un número. El uno era el mayor Faulkner, el dos el capitán Cervera, el tres el ingeniero-geólogo George Ward... Joanna Baxter era el número cuarenta y Wanda el cuarenta y uno. Los números, colocados en pecho y espalda, eran de color amarillo eléctrico y destacaban con gran claridad ante los haces de infrarrojos.

En aquel momento, Joanna vio que se acercaba alguien.

Era el número uno.

—Buenos días, doctora Baxter; buenos días, enfermera jefe López. ¿Dispuestas a acometer la gran empresa? —dijo con socarronería.

—Estamos aguardando —respondió Joanna. Y escuchó a través de su radio—transmisor la leve carcajada de Faulkner.

—Muy bien, pues vamos allá. Bajaremos los del 1 al 10 en el primer viaje, los del 11 al 20 en el segundo y así sucesivamente. Los primeros estableceremos una base saliente de nylon inyectado en el nivel sub-200, donde se encuentra la primera galería horizontal. Allí se quedarán los del 11 al 20. Después descenderemos y...

Tras la rápida explicación, todo se desarrolló a gran velocidad y con eficiencia suficiente para que la doctora Baxter adquiriera un mínimo de seguridad.

El sistema de comunicación relacionaba colectivamente a las sesenta personas que participaban en la operación, de modo que cualquiera de ellos podía escuchar las órdenes y comentarios de los otros. Para no interferirse, poseían instrucciones precisas: no hablar innecesariamente. Sólo se podía hablar en tres casos: a) para responder al ser interpelados o requeridos; b) para informar de algún descubrimiento o novedad trascendente; c) para pedir socorro.

Acababa de partir el montacargas hacia las profundidades.

Joanna se encontraba a cinco metros de distancia de la boca de la cavidad y pudo comprobar con los infrarrojos lo que Wanda había asegurado: los bordes de aquella abertura de poco más de diez metros de diámetro brillaban como el cristal. Los relieves de la roca viva se habían redondeado al vitrificarse y tenían un color marrón oscuro-rojo rubí.

Transcurrieron diez minutos. Los diez primeros expedicionarios estaban creando un saliente protector en la primera galería horizontal a base de inyectar nylon catalizado a presión entre las fisuras de las rocas.

—¡Atención! Montacargas arriba. Preparados 11 al 20 —anunció la voz del mayor Faulkner.

Llegó la cabina en poco más de cincuenta segundos. Ordenadamente, penetraron en ella los números nombrados y la cabina descendió bajo la lona de camuflaje. Era el minuto doce desde que se iniciara la exploración.

Once al veinte quedaron en el vivac del nivel sub-200 y el montacargas trasladó a Faulkner y los suyos hacia las profundidades. El proyecto era ir creando estaciones intermedias para los distintos equipos. En cuanto uno al veinte alcanzaran los 400 metros —o antes si hallaban una galería secundaria— construirían salientes-guías para el montacargas, que al mismo tiempo servirían para salvaguardar a los integrantes de los restantes equipos de diez personas.

La exclamación de Faulkner se oyó perfectamente. Pero antes resonó un crujido de origen desconocido.

—¡Atención! El montacargas se ha detenido. Vemos como... una especie de «tela de araña», aunque los hilos son rígidos y de un dedo de grosor. Mis hombres están abriendo una brecha... Acabamos de decidir que aprovecharemos parte de esta «tela de araña» para establecer la segunda plataforma-base, pues estamos a 380 metros.

Hemos descubierto numerosas fisuras y pequeñas galerías horizontales de menos de un metro de diámetro. Por tanto, en cuanto consigamos abrimos paso y establecer la segunda plataforma, seguiremos descendiendo. Todo se desenvuelve con normalidad.

Joanna escuchó algunos excitados comentarios de los ingenieros de Faulkner.

—¡Es increíble! ¿De qué diablos estará hecha esta «tela de araña»? Mayor Faulkner, habrá que utilizar el rayo láser.

—Utilice lo que sea necesario, capitán.

Joanna tocó en el brazo a Wanda. Se miraron a través de los visores y se entendieron. Joanna trataba de participar su asombro a la enfermera. Estaba pensando en aquella insólita «telaraña», encontrada a 380 metros.

«Si ese obstáculo estaba ahí cuando Mike se despeñó, es evidente que no llegó al fondo de la sima, que no se estrelló —pensó—. En ese caso, la caída debió ser de unos… ciento sesenta metros. ¡Pudo sobrevivir!»

Aunque no hablaba —sólo pensaba—, vio que Wanda asentía vivamente, pues sus pensamientos y deducciones seguían caminos paralelos.

Pensamientos que se vieron interrumpidos cuando Faulkner anunció:

—Hemos roto la «tela de araña» y establecido una plataforma que puede servir de vivac y depósito de material. Acabamos de instalar un lito-sintetizador de oxígeno, capaz de recargar un equipo en diez minutos. Descendemos un tramo hasta comprobar si existe alguna galería inferior suficientemente amplia para establecer una estación intermedia.

A Joanna Baxter se le dilataban las fosas nasales en un gesto reflejo de ansiedad.

Lo pido al Creador, al que ordena el equilibrio de las cosas, de los fenómenos y de los sentimientos. ¡Con todo fervor… que Mike viva aún!

Hacía seis meses que Mike Eastman cayera al vacío. ¿Era sensato esperar un milagro?

Nuevamente, la recia y tranquila voz del mayor Faulkner cortó en seco

el hilo de sus pensamientos:

—Enorme galería a los cuatrocientos diez metros de profundidad. Debe tener unos cuatro metros de diámetro. La sima vertical se va ampliando progresivamente a medida que descendemos. A esta profundidad, el diámetro de Yamarai es ya de casi diecisiete metros. Quedaremos aquí uno al veinte y el montacargas subirá para traer veintiuno al treinta. ¡Estén preparados!

Era el minuto diecinueve. En el minuto veintidós, el montacargas estaba arriba y poco después descendían los integrantes numerados del 21 al 30.

Joanna aguardaba en tensión.

Ahora ya no tenía miedo a lo desconocido, sino curiosidad latente, verdadera pasión por saber, por descubrir.

Wanda le oprimió el brazo izquierdo como recomendándole: «¡Calma, todo va bien!»

Minuto veinticinco. La tercera expedición estaba en la gran caverna situada a los cuatrocientos diez metros de profundidad. Llegó la voz tranquila de Faulkner:

—Veintiuno al treinta están en la estación intermedia. Bajamos el equipo uno al diez.

A los seiscientos treinta metros, Faulkner envió su nítido aviso:

—Gran galería de unos cinco metros de diámetro. La roca tiene un atractivo y espejeante color verde. Yamarai tiene ya veinte metros de diámetro. Su forma es, pues, la de un cono cuya base fuera el fondo. Esperamos aquí uno al veinte y sube el montacargas para recoger a treinta y uno al cuarenta. Un detalle curioso, que ya habíamos comprobado anteriormente con la sonda electro-química: existe una levísima atmósfera. Aire, aunque en proporciones que no permiten la respiración sin el equipo correspondiente. ¡Atención, el montacargas sube! Deben estar dispuestos treinta y uno al cuarenta.

Milimétricamente planificada, la operación de descenso se iba resolviendo sin la menor dificultad. Era el minuto 31. Aún faltaban 89 para que el sol apareciera en la línea de saliente.

Diez personas se apresuraron a acercarse al borde de la cabina montacargas.

De repente, Joanna exclamó:

—Pero, Wanda, ¡yo tengo que bajar ahora y tú...!

Wanda la empujó levemente hacia la plataforma situada bajo la lona de camuflaje.

Se miraron.

—Ve. No te preocupes —parecía decirle su enfermera jefe—. Todo va bien.

Se unió al número treinta y nueve y penetró en la cabina. Luego alguien cerró la puerta y Joanna experimentó un leve vahído.

El montacargas descendía a tremenda velocidad y el epigastrio rozaba sus pulmones produciéndole una sensación de angustia.

De repente, el aparato frenó sin brusquedad. Se había detenido ante el nivel sub-630.

Allí estaba el mayor Faulkner —número uno— que le tendió la mano y sonrió detrás del visor.

—Vamos, doctora Baxter. ¿Qué le ocurre? Oí su exclamación... ¿Quizá un poco nerviosa? No hay nada que temer. Venga. Formará parte de la cuarta patrulla de exploración, pero deberá permanecer muy atenta a cualquier aviso mío o del capitán Cervera, por si ocurre algún imprevisto.

—Pero Wanda... mi enfermera jefe —farfulló Joanna—.

Por lo que veo, sólo cuarenta personas estaremos abajo. Y Wanda...

—¿El cuarenta y uno? Debe quedarse arriba, Por si hay que evacuar a la superficie a algún accidentado. No tema, doctora Baxter. Confío en que el plan incluye todas las posibilidades de emergencia. Ahora...

Faulkner explicó rápidamente las obligaciones del treinta y uno al cuarenta. El grupo tenía como jefe a Dana Murley, que era un geólogo experimentado en trabajos de Espeleología: era el 31.

—El 38 y 39 quedarán como retén en la boca de esta caverna, para establecer contacto directo conmigo. Los otros ocho exploradores iniciarán el reconocimiento de esta galería y sus ramales. Ya saben que tienen instalado un sintetizador de oxígeno aquí mismo. Consulten sus controles de existencias cada cinco minutos. Por ahora,

disponen de cargas concentradas suficientes para dos horas. ¡Buena suerte, Murley! Cuide de la doctora Baxter. Nosotros descenderemos ahora hasta el fondo de la sima —explicó Faulkner rápidamente.

Joanna no pronunció una sola palabra. Se sentía tan paralizada que apenas tenía fuerzas para asentir levemente a las instrucciones del flemático mayor Faulkner. ¿Habría algo capaz de impresionar al imperturbable militar?

En cualquier caso, Faulkner y su patrulla se volvieron en la entrada de la galería 630 y penetraron en la cabina montacargas.

Joanna vio descender lentamente la cabina. Luego se perdió bruscamente en el fondo del insondable pozo.

—Vamos allá —pronunció Murley.

Las lámparas incluidas en los cascos iluminaban claramente la amplia galería de relieves casi cilíndricos.

Descendía ligeramente a lo largo de unos sesenta metros.

La senda rocosa se ensanchó bruscamente al final de un recodo y se bifurcó en dos caminos exactamente iguales.

Dana Murley vaciló apenas unos segundos. Luego tomó decididamente el camino de la izquierda.

El mayor Faulkner tenía razón: la roca era lisa, de color verde vegetal, jaspeada con motivos blancos, amarillos, rosados... El efecto de aquellos tonos esporádicos sobre la roca redondeada de color uniformemente verde, daba una impresión muy semejante a la del follaje de la selva salpicado de flores de variado colorido.

Joanna se detuvo súbitamente.

«¡Este lugar! —pensó, conmovida—. Yo lo he visto antes de ahora.»

Recordó con brusquedad una de sus alucinaciones. —Michael caminaba a lo largo de un sendero que atravesaba un jardín lujuriante. Pero... ¡no era un jardín, sino unas moles pétreas de color verde hierba...!

Allí, al principio de aquella leve pendiente, se había detenido Mike. Su cuerpo semidesnudo brillaba atractivamente, con la perfección estética de un dios pagano.

La patrulla de Dana Murley se había detenido veinte metros más allá, bajo la alta bóveda de la galería. Murley se volvía y su linterna cegaba a Joanna.

Un gesto perentorio con el brazo derecho que equivalía a tanto como: «¡Vamos! ¿Qué espera ahí? ¡Síganos!»

Joanna caminó torpemente en pos de los siete hombres que la precedían y a los que ni siquiera reconocía: 31, 32, 33, 34...

Ellos caminaban adelante con paso firme y decidido. El 32 estaba fotografiando aquel bellísimo rincón que imitaba un macizo de fragantes magnolias, que... no eran otra cosa que los maravillosos y geométricos dibujos del mármol sobre una roca jaspeante de color esmeralda intenso.

—Todo esto lo he visto... ¡lo he visto! —reconocía la doctora Baxter interiormente.

Allí, justamente en aquel recodo, Michael le había confesado que se sentía feliz de encontrarse en lugar semejante, pero que «mi existencia no estará completa sin ti».

Murley avanzaba a lo largo de una pendiente destellante, de cuarzo puro. Las linternas de los expedicionarios arrojaban luz contra las transparentes rocas y éstas devolvían el fulgor, mil veces multiplicado y embellecido.

La galería subterránea era muy irregular allí. El relieve de las rocas era redondeado, presentaba formas esféricas que lanzaban suaves destellos semejantes a los de las más valiosas perlas.

Por allí había visto caminar a Michael, el adorado Mike Eastman. Y ahora ella misma, como por arte de brujería, avanzaba por primera vez hollando aquel camino de ensueño.

También ahora tuvo —como en su delirio— la tentación de pellizcarse los antebrazos rudamente para asegurarse de que esta experiencia no formaba parte de una pesadilla más.

Era el minuto cuarenta y cinco. Sólo esos minutos habían transcurrido desde que la patrulla uno al diez se introdujese en el montacargas. Tres cuartos de hora.

Su cronómetro marcaba el tiempo, pero Joanna Baxter experimentaba otras ansiedades y sensaciones que nada tenían que ver con lo

cronológico.

Murley se había detenido en el repecho y contemplaba con admiración aquel embalse de purísimas aguas azuladas. Junto a él, sus compañeros de patrulla permanecían tan absortos y fascinados como el jefe.

¿Agua en la Luna, depósitos de agua subterráneos?

Joanna, que era la última del grupo, no miraba a Dana Murley cuando éste se acercó al borde de la balsa de bordes irregulares e —incrédulo— se inclinó y hundió su enguantada mano derecha en el líquido ambarino y salpicó la superficie de miles o millones de gotitas esféricas, que cayeron lentamente al embalse.

¿O quizá sí miraba Joanna a Murley? Es posible, pero no veía a Murley sino a Mike Eastman despojándose lenta y graciosamente de su pequeño slip dorado. De la forma más natural.

Se acercó paso a paso, inconscientemente. Las linternas iluminaban las transparentes aguas, las rocas de color violado, el fondo de grava, el techo rocoso donde se reflejaba el cabrioleo de las ondas...

Bruscamente, su cuerpo se inclinó hacia adelante. Cayó. Murley y el 32 —Syd Columbus, operador de cine— se inclinaron y la rescataron antes de que la doctora Baxter se hundiera en las aguas celestes.

—¿Qué le ocurre? —le preguntó Murley con cierta brusquedad—. ¡Parece... parece hipnotizada, hechizada!

Syd la sujetaba con fuerza, mientras las gotas de agua caían lentamente al estanque, como sartas de aguamarinas cinceladas. Pero la expresión del *cameraman* era menos adusta que la del número treinta y uno.

—Se siente mejor, ¿verdad? Debió ser un leve mareo —dijo Columbus, sonriéndole con afecto—. No se preocupe. Yo también me siento maravillado. Este lugar parece... el paraíso.

Algo semejante había dicho Mike en una de sus alucinaciones. «El mejor de los mundos, el edén...» ¿O el paraíso?

Llegó la voz del mayor Faulkner preguntando si ocurría alguna novedad en el nivel 630.

—Nada importante, mayor —respondió Murley—. Hemos avanzado

unos doscientos metros a través de estas intrincadas galerías. Y acabamos de hacer un descubrimiento increíble… ¡un embalse de agua!

A través de los radio—transmisores llegaron las quedas exclamaciones de asombro de los restantes exploradores.

También las patrullas que exploraban la galería 200 y la 410 informaron, maravillados de sus recientes descubrimientos.

—Esto parece un mundo fantástico, delirante de belleza.

Hemos hallado una colosal gruta a poco más de cien metros de la entrada —informó el grupo del nivel 410—. Las rocas presentan inclusiones de cristal que destellan como gemas. ¡Nos hemos detenido ante un pequeño manantial que destila agua gota a gota…! Bueno, suponemos que será agua.

—También nosotros vamos de sorpresa en sorpresa —informaron los de la patrulla once al veinte, que exploraban la galería del nivel 200 —. Las rocas tienen un tono turquesa jaspeado y el techo brilla como una mina de diamantes. La galería…

La voz recia del mayor Faulkner interrumpió bruscamente el informe.

—¡Atención, atención! El montacargas subirá hasta el nivel 630 para recoger a la doctora Baxter. Necesitamos su presencia urgentemente abajo.

CAPÍTULO X

¿Abajo?

Pero, ¿dónde exactamente? El mayor Faulkner no lo había precisado.

Joanna estaba segura de que se había producido algún incidente trágico. ¿Un herido quizá?

Era el minuto cincuenta. En el minuto cincuenta y dos, la cabina se detuvo ante la galería del 630 y la puerta se abrió. Syd Columbus había acompañado precipitadamente a la doctora hasta la entrada de

la caverna, donde aguardaban 38 y 39.

Dentro de la cabina la aguardaba el capitán Cervera. Este le tendió ambas manos, Joanna contuvo el aliento y entró en la cabina, que inmediatamente se descolgó hacia las profundidades.

Las luces de la cabina iluminaban con claridad las rugosas paredes de Yamarai. Como Faulkner había advertido, el pozo se ampliaba a medida que descendía. Su diámetro, más allá de los 630, era de unos veintidós metros.

La cabina se detuvo bruscamente. Habían llegado al fondo. La puerta se abrió y Cervera empujó hacia adelante a Joanna con suavidad.

Giró en derredor, contemplando fascinada el fondo del pozo, de más de treinta metros de diámetro.

Ante ellos se ofrecía la boca de una gruta espectacular.

—Adelante —indicó Cervera— y penetraron en aquella gruta.

El piso era duro y resbaladizo, pero el relieve de sus botas se adaptaba con seguridad al suelo.

Al fondo, en la oscuridad, Joanna advirtió el parpadeo de una luz. Cervera, advirtiendo que la doctora avanzaba con timidez —¿miedo?—, pasó ante ella y la precedió a saltos. Joanna no tuvo más remedio que imitarle para evitar quedarse atrás.

La rampa descendía y descendía y el techo se iba elevando considerablemente y las paredes de la caverna se separaban gradualmente.

Las luces parecían más cercanas. Una carrera más y llegaron junto al círculo de personas que rodeaban a otra caída en tierra.

—¿Qué ha ocurrido, quién es? —preguntó la doctora Baxter, al tiempo que se inclinaba sobre el caído.

—Matt Clory, uno de mis jóvenes espeleólogos —respondió Faulkner—. Se desmayó cuando… Pero será mejor que se ocupe de él. Luego se lo explicaré todo.

Joanna descolgó su botiquín, lo abrió y sacó un fonendoscopio electrónico cuyo dial introdujo en el cuadro de control de Clory.

Consultó el dial del aparato con atención concentrada y murmuró.

—Ha sufrido un ataque cardíaco. Tendré que inyectarle. Preparó el curioso equipo de inyecciones que permitía atravesar el traje espacial sin que bajase la presión interior, adaptó el conjunto al brazo izquierdo de Matt Clory y le inyectó.

Recogido el equipo de inyecciones, volvió a consultar el dial del fonendoscopio.

—Empieza a recuperarse —anunció a los pocos segundos—. No es grave. Pero Matt debió sufrir una gran impresión. Yo diría que… se asustó terriblemente.

El mayor Faulkner manipuló en el cuadro-control electrónico que llevaba al pecho y anunció que acababa de desconectar la comunicación con los restantes exploradores.

—¿Por qué esa precaución? —preguntó la doctora, desconcertada.

—La prudencia me obliga a obrar así —respondió Faulkner, que jamás perdía la seguridad—. Hemos hecho un descubrimiento especial, escalofriante diría yo.

—¿Qué clase de descubrimiento?

—Venga conmigo. Usted, Phil —indicó al capitán Cervera—. Quédese junto a Clory. Los demás pueden venir con nosotros.

Descendieron veinte metros a lo largo de la inclinada rampa y Faulkner penetró el primero en un redondo túnel que se abría a la izquierda. Joanna tuvo que inclinar la cabeza para no tropezar con el techo, de poco más de metro y medio de altura.

—Mire hacia el fondo —sugirió Faulkner.

Lo que vio Joanna era algo semejante a un cristal que cerrase el fondo de la oquedad. Alguien lo había roto y ahora se veía un gran agujero en el centro.

—No es un cristal, aunque sea casi transparente, sino un cuerpo mucho más duro y consistente, semejante al que formaba la «tela de araña» que cerraba la sima en el nivel 380 —dijo Faulkner—. Matt Clory penetró en esta oquedad y volvió en seguida gritando que «había visto a uno de nosotros encerrado en una especie de cápsula de cristal». Vinimos aquí todos y miramos a través de esa especie de opérculo[2]. En efecto, aunque de forma difusa, vimos una silueta que recordaba a un cosmonauta, una persona embutida en un traje

semejante a los nuestros…

—Y rompieron ese opérculo —sugirió Joanna.

—Tuvimos que golpear y golpear muchas veces con nuestras herramientas de acero antes de que el opérculo cediese y se rompiese. En fin, miramos y vimos lo que hay dentro. ¿Quiere echar una ojeada? Acérquese, doctora.

Joanna apoyó una trémula mano enguantada en el hombro del mayor, avanzó unos pasos y miró a través del agujero.

El traje del hombre encerrado allí estaba fláccido, como vacío. El visor de su casco estaba roto y permitía contemplar una calavera, cuyas cuencas oculares parecían mirar fijamente un punto remoto situado en el techo.

—Era Pat McCrea, desaparecido hace dos años cuando volaba hacia Nova Esperanza —dijo el mayor Faulkner—. Lo hemos averiguado consultando el número impreso en la manga de su traje. Es él, sin duda. Lo que no comprendo es cómo pudo venir a parar aquí…

Joanna retrocedió, pensativa.

Su corazón recuperaba lentamente el ritmo normal. Porque, por un momento, había temido que el cadáver del hombre que ocupaba aquella extraña cápsula no fuera otro que el de… Mike Eastman.

De modo que Wanda tenía razón. En las profundidades existía algo que interesaba decisivamente a las criaturas que tripulaban el Corsario Negro. ¿Algo? Seres humanos, personas que habían pertenecido a la base Moontown… como el infeliz Pat McCrea.

—Hemos comprobado algo singular —añadió Faulkner—. Dentro de la cápsula corren menudos hilillos de agua. Y luego está esa muesca en forma radial, cuyo centro es la cabeza de McCrea.

Joanna, estupefacta, tornó a inclinar la cabeza. Avizoró y descubrió aquella particularidad que mencionara el mayor Faulkner.

En efecto, podía distinguir a simple vista aquellos delgadísimos hilillos de agua que resbalaban por el muro del fondo.

Hacia el centro de la cabeza de Pat McCrea convergían hasta veinte pequeñas hendiduras. Desde las superiores fluía el agua en pequeña, casi imperceptible, cantidad.

—Extraño —murmuró, tras su observación.

—¿Cómo? —dijo Faulkner.

—Esas marcas en forma de estrella… Suelen formarlas en las rocas de cuevas húmedas los «biolitos», unas microscópicas formas de vida que ya fueron detectadas en algunas grutas húmedas de este planeta en el siglo pasado. Son los «biolitos» los que sintetizan el oxígeno que hemos hallado en pequeñas muestras en Yamarai y otras oquedades profundas de la Luna —explicó la doctora Baxter—. Lo cierto es que jamás hasta ahora había observado formaciones tan inmensas de «biolitos». Estos microorganismos viven en simbiosis con la roca y extraen de ella oxígeno e hidrógeno. Son ellos precisamente los que producen el agua encontrada en gran cantidad en el nivel 630 y el oxígeno que parece más denso en estas profundidades.

—Muy interesante —comentó el mayor, que había escuchado con toda atención las explicaciones de Joanna Baxter—. Según usted, todo parece apuntar al hecho de que los «biolitos» consiguieron crear dentro de esta cápsula las condiciones necesarias para que Pat McCrea consiguiera sobrevivir durante cierto tiempo… ¿Es eso lo que piensa?

Joanna se azoró. Faulkner tenía una mente mucho más ágil e intuitiva de lo que ella hubiera imaginado.

—Pues, sí, mayor. Dentro de esta cápsula existían las mínimas condiciones exigibles para conservar la vida humana, aunque en un estadio semejante al de la hibernación. Según puedo observar, hay en el suelo sedimentos calcáreos de «cadáveres» de «biolitos», pero no colonias de microorganismos vivos. McCrea debió morir hace bastante tiempo. Lo que no entiendo muy bien son esos finísimos agujeros que se observan en su hueso frontal…

Faulkner la tomó discretamente por un brazo.

—Me temo que éste no sea el único caso, doctora. Fuera de aquí, en la gran gruta que desciende a lo largo de casi cien metros, existen más de cien oquedades parecidas a ésta.

—¿Quiere decir que…?

—¿Que cada uno de esos opérculos encierra el cadáver de uno de los desaparecidos? —el mayor Faulkner se encogió de hombros—. No lo sé. Hay más de un centenar de cuevas semejantes, pero no hemos tenido tiempo de examinarlas. —Faulkner vaciló—. Por fortuna, usted parece dominar ampliamente el tema de los «biolitos» y puede

ayudamos decisivamente con su ciencia. ¿Quiere acompañamos en la exploración de las sucesivas grutas que llenan este lugar?

A Joanna le impresionó vivamente el grave acento del militar. Por primera vez, el mayor Faulkner demostraba un poco de inseguridad.

—Por supuesto que sí. Salgamos —propuso. Retrocedieron.

Fuera de la oquedad que albergaba la cápsula en la que había sido encerrado el desgraciado Pat McCrea, aguardaban el capitán Phil Cervera y el joven espeleólogo Matt Clory, quien al parecer se había recuperado considerablemente.

Joanna se acercó al joven, le auscultó con su fonendoscopio electrónico y sonrió tras el visor.

—Va muy bien, Matt. ¿Quiere que le enviemos a la superficie? —preguntó.

Clory negó con un movimiento de cabeza.

—Desde luego que no, doctora. Estoy muy recuperado.

En realidad, no fue el susto lo que provocó mi fallo cardíaco. Ocurrió en el momento en que el mayor Faulkner identificó ese cadáver por el número de su uniforme. Verá, Pat McCrea era mi primo, ¿comprende? —respondió el muchacho.

Joanna asintió lentamente.

—Entiendo. Muy bien. Si puede seguirnos, hágalo. Según acaba de informarme el mayor, es muy posible que encontremos centenares de esas... cápsulas. Si ve que no se encuentra con fuerzas, podemos enviarle arriba primero y a Moontown después. Usted debe decidir, Matt.

—Ya lo he decidido. Estoy bien. Gracias por su interés, doctora Baxter, pero me quedo —dijo.

Joanna se volvió hacia Faulkner y su equipo. Algunos hombres arrastraban un gran carrete de cable conductor y montaban una batería de focos.

Poco después, seis potentes lámparas iluminaban la espaciosa caverna esplendentemente.

Allá abajo, las rocas no presentaban el cautivador aspecto de las

cavernas situadas en los niveles 200, 410 y 630. El relieve pétreo tenía un color marrón oscuro intenso.

Como Faulkner había anunciado, se trataba de una gruta colosal. El techo se elevaba a más de cuarenta metros de altura, en bóvedas tan agudas como las de una catedral neorrománica.

A izquierda y derecha, partían senderillos que llevaban a una especie de gradas escalonadas. Hileras de cavidades oscuras se ordenaban caprichosamente desde el nivel de la rampa hasta unos quince metros de altura.

El aspecto de aquella disposición pétrea le recordó a Joanna la arquitectura de un columbario[3].

—Dividámonos —propuso el mayor Faulkner a sus hombres—. Podemos formar tres grupos de tres individuos y otro de cuatro. Este último será el mío, en el que se integrará la doctora Baxter. Registren sistemáticamente cada uno de esos agujeros. Si encuentran algo anormal, no duden en informar. ¡Vamos!

Formados los grupos, Joanna siguió a Faulkner, que escaló ágilmente el sendero rocoso que se dirigía a la izquierda. Les siguieron otros tres hombres. Los dos restantes grupos escalaron los toscos peldaños de la derecha.

«Mike está aquí, lo presiento. ¡Dios mío, ojalá que no esté muerto! Te lo pido con todas las fuerzas de mi corazón.» Se cumplía el minuto sesenta. Había transcurrido una hora de exploración.

CAPÍTULO XI

Súbitamente, la voz restalló en su cerebro.

—¡Hazlo ahora, Joanna! ¡Mata a Faulkner, elimina a los demás! ¡Tú posees os medios necesarios para ello!

Joanna giró en redondo, enloquecida.

La batería de focos iluminaba con gran potencia la subterránea «catedral» megalítica. Al otro lado, los dos grupos de exploración

habían desaparecido en otras tantas oquedades. En la izquierda, el mayor Faulkner y los dos hombres que le acompañaban —el capitán Cervera y Matt Clory— habían desaparecido también en una de las grutas laterales. El grupo comandado por el geólogo George Ward se disponía Igualmente a explorar otro de los agujeros.

—¡Ahora, Joanna! Nadie te ve. Saca tu equipo de inyecciones, prepara la dosis mortal. ¡Tienes que hacerlo!

Joanna se mordió los labios.

—¡Mike, Mike! —gimió—. ¡No puedo hacerlo!

—¡Obedece! —sonó la voz con una vibración imperiosa.

—¡Mike, por amor de Dios! ¡No puedes ordenarme algo tan cruel! ¡Ellos... son nuestros compañeros, nuestros camaradas! —protestó Joanna en voz alta.

—Yo no tengo amigos. No entiendo esa palabra. Lo único que verdaderamente me importa es que no me saquen de aquí, ¿lo has entendido? —Mike se encrespaba, chillaba iracundo, su voz resonaba con trémolos malignos—. Y tú, Joanna, vas a hacerlo ahora mismo. ¡Mátalos! Primero a Faulkner, después a los demás...

—¡No puedo, Mike! ¡Es superior a mis fuerzas! —sollozó la doctora Baxter, profundamente conturbada.

Pero la orden no admitía réplica.

—¡No pierdas el tiempo!... Mátalos... ¡Mátalos!... ¡Mátalos!

De pronto, Joanna se sorprendió a sí misma abriendo su estuche-botiquín. Sus manos extraían rápidamente unas diminutas ampollas de plástico transparente que bastaba introducir en la parte posterior de la jeringuilla. Tóxico capaz de causar la muerte en unos pocos segundos, y en cantidad suficiente para matar a cien hombres saludables.

Avanzaba hacia el agujero en el que se habían introducido Faulkner, Cervera y Clory, cuando estuvo a punto de tropezar con el mayor, que salía en ese momento.

—¡Joanna! —exclamó el mayor—. ¿Por qué grita de ese modo? ¿Qué significan esas frases...? «¡No puedo, es superior a mis fuerzas... son nuestros compañeros, nuestros camaradas!»

Llevaba la letal jeringuilla en la mano derecha, pero la ocultó rápidamente.

«¡Dios Todopoderoso ¡He… he estado a punto de… de matarles, de asesinarlos a… a todos!»

Faulkner la tomó de un brazo y la arrastró sin rudeza hacia el túnel.

—Venga, venga. Hemos encontrado a Dick Alvarde —decía Faulkner —. Bueno… lo que queda de él. Su cadáver se está corrompiendo lentamente. ¿Recuerda a Alvarde? Llevaba a cabo una prospección de rocas húmedas en las estribaciones de Copérnico, cuando desapareció misteriosamente. Fue hace unos cuatro años… Usted ya estaba aquí, ¿no es cierto? Dick Alvarde era un gigante de más de dos metros. Un hombre estupendo. Fue él quien, trabajando sin descanso, puso a punto el lito-sintetizador de oxígeno que tanto ha significado para los hombres y mujeres que trabajamos en Moontown.

«¡Mátales, elimínalos!»

El mayor Faulkner caminaba ante ella dándole la espalda. Lentamente, Joanna Baxter alzó la jeringuilla cargada con la cápsula de tóxico activo y… de improviso la estampó contra la dura roca y la dividió en fragmentos que cayeron en una hendidura.

El fondo de la oquedad era prácticamente igual que el agujero donde habían encontrado a Pat McCrea. Es decir, el esqueleto de Alvarde aparecía embutido en un fláccido traje de cosmonauta.

Junto al duro opérculo transparente, Phil Cervera golpeaba rudamente con una brillante piqueta al cromo-vanadio.

Pero Joanna no atendía a esto.

Joanna sentía un vigor extraordinario, una fortaleza que superaba toda dimensión física.

He logrado superar la llamada al crimen. He roto la jeringuilla. Soy dueña de mí misma.

—El coronel Maloney y el ingeniero Merman están al tanto de nuestros descubrimientos, doctora Baxter —le estaba diciendo Faulkner—. Son nuestros dos jefes quienes comprueban los datos que vamos obteniendo. ¿Ve a Dick Alvarde? Su cadáver aún no se ha corrompido por completo. Debe oler muy mal aquí dentro, pero afortunadamente nosotros no tenemos que sufrir esa incomodidad. En

el centro de operaciones de Moontown el señor Merman y el coronel Maloney trabajan sin cesar. Maloney tiene una teoría especialmente desconcertante: cree que existe alguna relación entre el *Corsario Negro* y nuestros descubrimientos de Yamarai. ¿Cuál es su opinión, Joanna?

Faulkner tuvo que zarandearla por un brazo y repetirle sus explicaciones. La doctora Baxter parecía profundamente abstraída.

—Dígame, Joanna, ¿qué piensa acerca de la hipótesis del coronel Maloney? —insistió Faulkner.

Joanna inclinó la cabeza repetidas veces. Y dijo:

—Es correcto. O al menos coincide con lo que pensábamos Wanda López y yo.

—¿Quiere decir que…?

—Diga a Maloney y Merman que consulten con Wanda. Ella les explicará cuanto las dos fuimos descubriendo en relación con los movimientos del *Corsario Negro*. Y algo más, mayor, pida a Merman y Maloney que envíen un aerocomando de Alerta-Uno al «Triángulo Ebano». Para ellos será fácil: sólo tienen que enviar desde las alturas una de esas potentes emisiones a microondas. Le aseguro que los hombres de Alerta-Uno se llevarán una colosal sorpresa.

—No lo entiendo muy bien, Joanna, pero voy a hacer lo que me sugiere. Salgamos —propuso el mayor.

Abandonaron la cueva, mientras Faulkner comunicaba privadamente con los jefes de Moontown.

Entretanto, Cervera, Matt Clory y la doctora Baxter ascendían y penetraban en el siguiente agujero.

Matt, completamente recuperado, se introducía hasta el fondo y atacaba el traslúcido opérculo con la piqueta.

Joanna aguardaba a unos pasos. Para ella, los golpes de la piqueta resonaban con la misma vibración de las herramientas que suelen utilizar los profanadores de tumbas.

Sentía en lo más vivo aquella especie de sacrilegio, pero no podía sustraerse a la tentación de mirar a través del agujero cuando Cervera o Matt conseguían romper la dura coraza traslúcida que encerraba a un ser humano, a un cautivo dado por desaparecido tres, ocho, quince,

cuarenta años atrás.

Joseph Killiam, arquitecto. 32 años. Desaparecido en Armstrong Plains.

Diana Blakmur, biólogo. 23 años. Desaparecida en el polo norte lunar cuando, en unión de otras tres personas, llevaba a cabo unas pruebas de Geotermia.

Brando Bogan, ingeniero de prospecciones. Accidente en Loogan Pike. Jamás se encontró su cadáver.

Alloysius Aldington, mecánico.

Jerry Brown, asistente sanitaria. Desaparecida.

Otis Olivier, piloto. Desaparecido.

Bill «Granoe» Johnson. Meteorólogo. Desaparecido.

Adelaide Benson.

Rudy Templar.

Addy Simpson.

Jim Arcade

Gill Drake .

Gail…

Joanna se sentía desfallecida, pero buscó una píldora activante en su botiquín portátil y continuó registrando los macabros hallazgos que la «catedral» de Yamarai iba ofreciéndoles paso a paso.

Faulkner se había reintegrado a su grupo.

Recibían constantes noticias de las demás personas que exploraban las grutas-cápsulas situadas a la derecha.

El centro de ordenadores de Moontown recibía los datos encontrados en los trajes espaciales de los desaparecidos e inmediatamente enviaba un nombre y un apellido.

Edmond Selburne. Patrik Rubens. Simone Lefevrier. Paola Pieri. Gustavo Gálvez. Ben Purdiss. Evan…

Era alucinante. En el minuto ochenta y dos la patrulla uno al diez —con la presencia añadida de la doctora Baxter— había encontrado ciento once cadáveres de las personas desa parecidas en la Luna a lo largo de diez, veinte, treinta años…

¡Y aún quedaban por registrar más de doscientos de los agujeros abiertos en las gradas de la «catedral»…!

A medida que ascendían por las gradas de escarpados peñascos y profundizaban en los múltiples agujeros, sellados en su fondo por opérculos calcáreos y transparentes, se iba haciendo más evidente el hedor mortuorio que impregnaba el ambiente.

Donovan Taft —el número cinco— analizaba el ambiente con su laboratorio electrónico portátil.

Había descubierto emanaciones de oxígeno casi puro a ras del suelo de la gran caverna.

—Tenemos aquí una verdadera atmósfera, práctícamente respirable —acababa de anunciar a los expedicionarios de la patrulla uno al diez—. El aire está impregnado, casi saturado de humedad. El oxígeno fluye constantemente al nivel de esos agujeros taponados por los opérculos. Prácticamente, podríamos respirar este aire… si no fuera porque hiede a muerto.

Una cosa era cierta: a medida que avanzaban hacia el fondo de la gruta, los expedicionarios iban encontrando cadáveres casi intactos. Se diría que alguno de aquellos hombres había muerto recientemente. Edmond Selburne, por ejemplo. Selburne había desaparecido cuando pilotaba una astronave de transporte, seis años atrás. Se había perdido todo contacto con él y se supuso que su nave, sin control, se había perdido en el espacio. Esta terrible suerte —vagar para siempre en el interior de un receptáculo metálico— la habían corrido ya varios pilotos y tripulantes afectos a la base Moontown.

En cualquier caso, la doctora Baxter estaba segura de que todos aquellos prisioneros habían muerto precisamente allí, en la sima Yamarai, encerrados en las extrañas celdillas tapadas con resistentes opérculos.

¿Quiénes eran los autores de la espeluznante acción? Joanna no vacilaba al respecto: para ella el macabro hallazgo guardaba una relación directa con las apariciones esporádicas del misterioso *Corsario Negro*.

El fin en sí mismo era lo que se le escapaba. ¿Qué pensaban obtener los tripulantes del Corsario Negro con la repugnante acción?

Poco a poco, se iba abriendo paso la inquietante idea en su cerebro. Los menudos agujeros en las frentes de aquellos cadáveres que iban descubriendo, la estrella de veinte brazos marcada en bajorrelieve a la altura de las cabezas de los prisioneros, el hecho mismo de que los cuerpos… —incluso los mejor conservados o los que se encontraban en estado de descomposición—, todo ello apuntaba a una dirección que a cada minuto se iba concretando con más nítidos perfiles en la mente de Joanna Baxter.

«Es… como si tratasen de robar les el cerebro», pensó finalmente.

Ya muy cerca del fondo, hallaron el cadáver de Timothy Grover, un ingeniero de montaje desaparecido apenas un año atrás cuando llevaba a cabo un viaje de inspección. Grover viajaba en un vehículo Magny hacia la factoría hidroquímica de Kennedy Cráter, cuando desapareció misteriosamente a unos setenta kilómetros de la factoría. El vehículo apareció intacto, pero Timothy Grover se había esfumado sin dejar huellas.

Como en ocasiones anteriores, se supuso que Grover se había visto afectado súbitamente por la manida «psicosis lunar». En su enajenación, el ingeniero había olvidado la misión que le llevaba a Kennedy Cráter y abandonado la segura protección de su vehículo. Se pensó que Grover, perturbado gravemente, se había extraviado y perecido, con toda probabilidad.

Joanna Baxter examinó el cadáver de Grover con gran minuciosidad. A simple vista se advertía que aquel hombre había fallecido muy recientemente. Apenas se le apreciaba la dureza muscular del rigor mortis y se diría que las pequeñas heridas de los orificios de su frente sangraban aún.

Aunque un tanto inquieta, la doctora Baxter se decidió finalmente.

—Quiero practicarle la autopsia a este cadáver. No perderé demasiado tiempo, pues será una autopsia parcial, pero hay algo que quiero comprobar de una vez —dijo a Faulkner.

El mayor estuvo de acuerdo y él mismo se ofreció para auxiliarla en lo posible.

Era el minuto ciento tres cuando Joanna hizo la comprobación: el estuche craneano de Timothy Grover estaba vacío por completo.

CAPÍTULO XII

Faulkner acababa de comunicar con el coronel Maloney. —El coronel ha ordenado el rastreo de la zona del «Triángulo Ebano» y la franja vitrificada a que ustedes aludían, doctora —informó el mayor a Joanna—. Maloney sabe ya también todo lo relacionado con nuestros descubrimientos, incluida la autopsia de Timothy Grover. Parece que este último descubrimiento ha impresionado vivamente a nuestros jefes. Maloney y Merman, de común acuerdo, han decretado el estado de Alerta-Uno. Enviarán hacia aquí refuerzos, vehículos y máquinas. Las instrucciones estrictas para nosotros son que sigamos investigando, aunque adoptando todas las precauciones posibles. Vamos a salir ahora mismo de aquí para repostar nuestros balones de oxígeno. Dentro de unos minutos reemprenderemos la exploración.

Hacia el minuto ciento veinte, la patrulla once al veinte descendía al fondo de la sima para reforzar el grupo del mayor Faulkner.

En la superficie debía estar amaneciendo en aquellos momentos. Se cumplían justamente dos horas desde el momento en que se iniciase la exploración de Yamarai. Pero a Joanna se le antojaba que llevaban ya días enteros sepultados en las profundidades.

Reforzada la patrulla de exploradores el trabajo de examinar los centenares de células prosperó rápidamente.

Pasaban de doscientos los cadáveres hallados. Inexorablemente, se iba identificando con rapidez a aquellos infelices.

Finalmente, sólo quedaron por registrar media docena de oquedades.

Fue entonces cuando Joanna comenzó a experimentar una creciente inquietud. Su estado de nerviosismo era tan evidente, que Faulkner la sujetó por un brazo y escrutó sus facciones a través del visor.

—¿Qué le ocurre, doctora?

—No lo sé. Me siento dominada por los nervios y la angustia, pero...

—Creo que ha trabajado demasiado y se siente desfallecida. Retírese y

descanse. Nosotros haremos el resto del trabajo —le indicó el mayor, comprensivo.

Pero la doctora Baxter denegó con energía.

—¡No, no, por favor! Quiero estar presente hasta el último momento —se empeñó.

Hallaron cuatro células vacías. No había nada allí, ni siquiera el opérculo calcáreo, ni los acostumbrados cadáveres de «biolitos» en el suelo. Nada.

Al fin, Matt Clory penetró el primero en la oquedad más alejada de la entrada.

Inmediatamente volvió sobre sus pasos y murmuró, tembloroso.

—Esto no es lo mismo. Esto es...

Su grado de excitación era tan intenso que le impedía expresarse con claridad. Faulkner, un poco impaciente, le apartó y se introdujo en el túnel.

Y también volvió en seguida.

—No sé si lo van a creer, pero me ha parecido observar un cierto movimiento al otro lado del opérculo que tapa el fondo de la gruta —manifestó, con un trémolo extraño en la voz.

Su declaración produjo gran sensación entre las personas que le rodeaban.

—¿Quiere decir que... hay alguien con vida ahí dentro?

—inquirió el capitán Cervera con gran inquietud.

—No lo sé. Pero vengan conmigo.

Joanna tembló. Pero no lo dudó ni un momento: decididamente, penetró en la caverna detrás de Faulkner y Cervera.

—¡Miren eso! —susurró el mayor.

Las linternas enfocaban el opérculo y los haces luminosos perforaron la tras lúcida masa calcárea y penetraron en el fondo de la célula.

En efecto, una silueta blanca se movió allá dentro y Cervera gritó sin

poder contenerse:

—¡Es Mike... Mike Eastman!

Joanna le apartó con increíble energía y se abrió pasó. Acercó su visor al opérculo y miró ávidamente.

La visibilidad no era perfecta, pero sí lo suficiente como para permitir le contemplar la silueta humana situada al fondo de la celda. Vestía un traje claro, semejante al utilizado por los propios exploradores: un equipo de espeleólogo.

Joanna se retiró unos centímetros y gritó:

—¡Abran, abran, por el amor de Dios!

Viendo que Cervera vacilaba, la doctora Baxter le arrebató la piqueta de las manos y comenzó a golpear, fuera de sí, el resistente opérculo.

Se abrió una diminuta grieta, pero Joanna se sentía ya al cabo de sus fuerzas, por lo que Donovan Taft le tomó la herramienta de las manos y prosiguió la tarea en medio de una gran expectación.

Luego comenzaron a caer los primeros fragmentos. Y finalmente quedó abierto un boquete del tamaño de una cabeza humana.

Sin que nadie se atreviera a detener la, la doctora Baxter se inclinó y miró a través del agujero.

Allí estaba Mike, su Mike.

Sentado en el suelo, con la espalda apoyada en el fondo de la celda rocosa, Mike movía débilmente los brazos en un ademán impreciso y desolador.

Sobre su cabeza estaban los brazos del monstruo.

Semejaba un pulpo, con un cuerpo esférico y traslúcido, de color blancuzco. La mayor parte de los flagelos —formados por millones de «biolitos» vivos— aparecían profundamente incardinados en la pared, pero tres de ellos habían roto el visor del casco de Mike y se adherían como sanguijuelas a la frente de Eastman.

—Están chupándole el cerebro —murmuró Joanna, desfallecida.

Los hombres la apartaron de allí en seguida.

Faulkner miró durante unos segundos y se retiró en seguida.

—¡Destrocen ese opérculo, dejen la entrada libre! —ordenó con voz enronquecida por la impresión que acababa de recibir.

Cayeron poco a poco los fragmentos de la placa calcárea y finalmente todos pudieron ver a Mike Eastman.

Fue Matt Clory quien dejó escapar un alarido de rabia y se abalanzó sobre el cuerpo de Eastman.

Aferró al monstruo (semejante a un cefalópodo de regulares dimensiones), tiró con todas sus fuerzas, lo arrancó del muro y lo estampó contra el suelo.

Quedó allí, moviéndose tenuemente, palpando con sus múltiples brazos el piso de la caverna, adhiriéndose de nuevo a la piedra, brillante su gran cabeza blancuzca.

Mike Eastman se movió entonces.

Semejaba una momia viviente y apenas podía incorporarse. Pero fue suficiente aquel movimiento para que todos retrocedieran, aterrados.

En el fondo del túnel sólo quedó Joanna, que miraba conmovida al hombre que había amado —y aún amaba— por encima de todas las cosas.

Mike había logrado arrodillarse, afianzaba sus largos brazos en las paredes de la celda y se incorporaba tambaleante.

Luego todos le vieron avanzar con gran inseguridad y acercarse al cefalópodo formado por millones de microorganismos de color blanco, alzar un pie calzado con una pesada bota de montañero y… descargarla furiosamente sobre el monstruo en un desesperado intento por evitar que los flagelos chupadores tornaran a introducirse en la húmeda roca.

Joanna había comprendido. Mike intentaba destruir a aquel engendro que durante largos meses se había apoderado de su voluntad y de su razón.

Sin pensarlo, avanzó decidida a secundar a Eastman…

—¡Cuidado, doctora Baxter! —advirtió el mayor Faulkner—. ¡Puede ser peligroso! ¡Aún no sabemos si…!

Pero Joanna no vaciló. Uniendo sus esfuerzos a los de Mike, golpeó con la puntera de sus botas los brazos del cefalópodo.

Fue una lucha de unos pocos minutos. Sólo se trataba de impedir que el monstruo obtuviera de la roca la humedad y los elementos para seguir manteniendo viva su forma multicelular.

Al cabo, el cuerpo del cefalópodo se fue tornando más y más rígido hasta que finalmente adquirió la dureza de la roca y se disgregó en diminutas, casi microscópicas partículas.

Entonces Mike quedó erguido e inmóvil, mirando fijamente a la doctora Baxter.

—¡Cuidado! —tornó a repetir el mayor Faulkner.

Pero Joanna avanzó dos pasos y se fundió en un abrazo con aquel hombre que apenas pesaba cuarenta kilos.

—Joanna —murmuró Mike. Tan débilmente, que ella más adivinó que oyó su llamada.

Eastman se derrumbó. De los tres finos agujerillos de su frente manaba un poco de sangre.

—¡Aprisa! —gimió Joanna—. ¡Por amor de Dios, ayúdenme!

Abrió su botiquín, desinfectó las heridas rápidamente, las suturó. En seguida embutieron a Eastman en un traje a presión y le adaptaron un balón de oxígeno enriquecido. A través del traje, Joanna le colocó una sonda en el brazo para alimentarlo con suero.

Su corazón entonaba una canción sin palabras, sin sonido alguno.

—¡Vivo, vivo, está vivo!

Le sacaron en volandas de la celda —¡pesaba tan poco!— y le depositaron en las gradas rocosas.

—Hay que evacuarlo inmediatamente —dijo Joanna a Faulkner—. Su estado es gravísimo. Se encuentra tan debilitado, que puede morir en cualquier momento. Y si esto llegara a ocurrir...

—Tranquilícese, le sacaremos de aquí ahora mismo —respondió el mayor, solidarizándose con la angustiada doctora Baxter.

Trajeron una camilla plegable, en la que depositaron a Eastman.

Después de sujetar firmemente su cuerpo con tres bandas, la camilla fue transportada velozmente al pozo e introducida en la cabina del montacargas.

Joanna se introdujo en la cabina y se inclinó amorosamente sobre el cuerpo exánime de Mike Eastman.

—¡Vive, Mike! ¡Te lo ruego: vive para mí! —susurró, conmovida.

Se produjo una leve vibración y la cabina ascendió veloz hacia las alturas.

Arriba ya, Joanna se sintió deslumbrada cuando salió al exterior. El sol se elevaba cegador por encima de la línea del horizonte.

Faulkner debía haber enviado un aviso urgente, pues allí estaban esperándoles Wanda y cuatro expedicionarios.

Sin pronunciar una palabra, los hombres tomaron la camilla y la trasladaron velozmente a un vehículo Magny, que unos segundos después se elevaba en el aire y se orientaba hacia Moontown.

Joanna, arrodillada junto al yacente Mike Eastman, vigilaba ávidamente sus constantes vitales.

El pulso de Mike era muy lento y su respiración lenta y difícil. De vez en cuando, el enfermo se agitaba en leves temblores espasmódicos que llevaban la zozobra al corazón de Joanna.

Vive, amor mío. ¡Haz un esfuerzo por mí!. Yo te salvaré, si tú quieres vivir.

Cambió la botella de suero a presión de goteo y preparó una inyección, que clavó directamente en el corazón de Eastman.

Por unas décimas de segundo, el corazón de Mike se detuvo.

Gruesos goterones de sudor empaparon el rostro de la doctora Baxter. Pero no se abandonó a la desesperación y al fatalismo. Por el contrario, comenzó a practicar rítmicamente un masaje al corazón de Eastman, mientras pugnaba por contener las lágrimas.

Un esfuerzo más, Mike. Un último esfuerzo. Yo sé que tú me amas tanto como yo a ti. Sé que eres el mejor hombre del mundo, que me diste aquellas horribles órdenes en contra de tu voluntad. ¡Vive, amor mío!

El corazón tornó a latir y un destello de esperanza se encendió en los ojos de Joanna.

—¡Vamos, Mike! —gritó sin poder contenerse—. ¡Así, sigue así! Ayúdame, por favor.

El ritmo cardíaco subió de tono y se estabilizó. Eastman parecía recuperarse lentamente.

—Ya estamos llegando —susurró Joanna—. Un momento más y estarás salvado, Mike.

Pero cuando el vehículo Magny descendía sobre la pista elevada del Nivel 1, un pensamiento inquietante acongojó a la doctora Baxter: ¿No habría resultado dañado irremediablemente el cerebro de Eastman?

CAPÍTULO XIII

El mayor Faulkner se disponía a dar por terminada la primera fase de la exploración de la sima Yamarai, cuando los sistemas de comunicación de Moontown expandieron un aviso de interés primordial.

—¡Atención, atención! Las astronaves que rastreaban el «Triángulo Ebano» y la franja vitrificada que media entre Scott Promontory y la sima Yamarai acaban de detectar unas vibraciones anormales que pudieran proceder de los propulsores de la super-astronave que buscamos. Los expedicionarios que se encuentran en las proximidades de la sima y los que aún están en las profundidades deben ponerse inmediatamente a cubierto y permanecer atentos. No estamos seguros, pero es probable que de un momento a otro se produzcan nuevos acontecimientos.

Faulkner envió instrucciones a todos los expedicionarios.

Los de superficie retrocederían hasta los refugios montados a unos quinientos metros del pozo y los que se encontraban abajo profundizarían en las galerías horizontales. Todos debían apartarse del pozo y situarse en lugares protegidos, a la mayor distancia posible de la sima.

Las instrucciones de Faulkner acababan de ponerse en marcha, cuando de Moontown llegó el segundo aviso.

—¡Atención, emergencia! La astronave denominada *Corsario Negro* acaba de ser avistada en el margen del «Triángulo». Nuestras naves están persiguiéndola ya y tratarán de abatirla. No obstante, tanto los expedicionarios como los refuerzos enviados a última hora deben adoptar toda clase de precauciones. Nos mantendremos permanentemente en contacto con ustedes.

Faulkner tenía junto a sí las patrullas uno al diez y once al veinte. Los había llevado hasta el fondo de la «catedral» subterránea y obligado a todos a guarecerse en una profunda grieta de la roca.

Naturalmente, los expedicionarios se sentían muy inquietos. A aquellas alturas, todos sabían los resultados de la última aparición del *Corsario Negro* sobre las inmediaciones de Yamarai: la altísima onda de calor había fundido las rocas y el polvo, matando instantáneamente a tres geólogos, cuyos cuerpos quedaron convertidos en momias en el espacio de unas décimas de segundo.

Pero la inquietud que conturbaba el ánimo del mayor Faulkner era de otro cariz.

Pensaba que, atrapados en las profundidades, los cuarenta expedicionarios que se hallaban cobijados en diversos niveles podían convertirse en presas fáciles para los enigmáticos tripulantes del Corsario Negro.

Faulkner recordaba la visión del esquelético Mike Eastman con aquella especie de monstruoso cefalópodo sobre su cabeza y un escalofrío de temor a lo desconocido le hacía vibrar de pies a cabeza.

Transcurrieron unos minutos. Tensos, agobiantes, preñados de inquietud y de zozobra.

Y luego llegó hasta ellos la voz vibrante del coronel Maloney.

—¡Nuestras astronaves acaban de abatir al *Corsario Negro* sobre la llanura de Silver Plains!

¿Era posible? ¡El escurridizo y misterioso *Corsario* abatido por fin…!

Llegaban nuevas noticias a oleadas.

—Nuestras astronaves han debido alcanzar con sus proyectiles de

demolición a los propulsores de la super-astronave alienígena, pues el *Corsario Negro* se ha visto obligado a descender lentamente sobre Silver Plains.

Según los informes, un comando aéreo estaba rociando al *Corsario Negro* con chorros de nylon.

Se pretendía con ello inmovilizar a la astronave alienígena contra las duras rocas de Sílver Plains.

Quince minutos después, los expedicionarios recobraban el resuello al oír la siguiente orden del mando: abandonar inmediatamente la sima Yamarai.

Los planes de los jefes militar y civil incluían organizar a todo el personal disponible con un solo objetivo: conseguir definitivamente que el *Corsario Negro* quedara materialmente «cosido» e inmovilizado sobre la superficie de la Luna.

Cuando la cabina del montacargas dejó en la superficie al último contingente de expedicionarios, el mayor Faulkner se permitió un profundo suspiro.

Naturalmente, habría que volver a descender a las profundidades de la sima. Era preciso rescatar los cadáveres de más de doscientos «desaparecidos» de la base Moontown y sepultarlos en lugar adecuado. Se llevarían a cabo muchos análisis y pruebas y quizá algún día conocerían exactamente el misterio de Yamarai.

Pero, ahora, la sima quedaría atrás para las personas que habían vivido unas intensas horas en los profundos senos de la Luna.

* * *

Veinticuatro horas más tarde, Mike Eastman había superado su estado crítico. Las esperanzas de salvarle habían aumentado considerablemente.

Por desgracia, Eastman permanecía en un estado semejante al de coma profundo.

Alimentado por sonda y amorosamente atendido por Joanna Baxter, el

enfermo descansaba en una zona aislada del hospital.

Su corazón se iba recobrando y el sistema circulatorio progresaba en sus vitales funciones.

Siete días después, Joanna comprobó que las cicatrices de su frente habían desaparecido. Pero la doctora temía que aquellos estrechos agujeros que perforaban su hueso frontal no hubieran soldado adecuadamente, en cuyo caso se vería abocada a operar.

Mike fue trasladado a la cabina de rayos X y sometido a una serie de radiografías que Joanna examinó con gran ansiedad.

Sus esperanzas renacieron inmediatamente: los agujeros habían soldado bien y la masa cerebral no aparecía mermada sustancialmente.

Entretanto, los expertos y científicos de Moontown habían montado un campamento estable en Silver Plains con el único fin de someter al *Corsario Negro* a una serie exhaustiva de pruebas.

Joanna era informada regularmente por el mayor Faulkner. La super-astronave negra permanecía absolutamente inmóvil, arropada por toneladas y toneladas de nylon que la anclaban rígidamente al suelo rocoso.

Valiéndose de sofisticadas máquinas, los científicos «auscultaron» durante largos días el fuselaje mate y llegaron a la conclusión de que no había ninguna actividad dinámica o electrónica en su interior.

El *Corsario Negro* parecía definitivamente derrotado, inmóvil, silencioso.

No se pudo detectar radiactividad ni ningún otro tipo de radiaciones peligrosas. Naturalmente, los hombres y mujeres de Moontown ardían en deseos de saber qué era lo que había dentro de la descomunal estructura.

Cuando Merman y Maloney creyeron llegada la hora, los expertos iniciaron un ataque al fuselaje de la nave, cuyas planchas aparecían recubiertas de una durísima materia oscura y mate, imposible de traspasar con sopletes de oxicorte o con reactivos químicos. Para abrir una pequeña brecha en el recubrimiento fue preciso recurrir a un cañón láser.

A partir de ahí, las cosas no fueron mucho más fáciles. El fuselaje

estaba formado por planchas de aleaciones ligeras, pero tan gruesas y duras que el trabajo se prolongaba jornadas y jornadas.

Al fin, los mecánicos abrieron un boquete suficiente en la soberbia estructura. Pero su desilusión fue profunda cuando descubrieron una estancia vacía de pequeñas proporciones y paneles metálicos absolutamente lisos.

Los ingenieros en Electrónica utilizaron toda clase de ingenios para descifrar el enigma. Buscaban ansiosamente el «Abrete, sésamo» que les permitiera avanzar y descifrar de una vez el arcano, que a cada nueva jornada lograba excitarles más y más.

Por entonces, Wanda López se mostraba cada vez más jubilosa y optimista. ¿A qué se debía su repentina alegría?

Joanna lo supo al fin: su amiga y Donovan Taft (el joven analista que participara en la segunda exploración de Yamarai), llevaban algo más de una semana viviendo juntos.

Wanda apenas tenía palabras para demostrar su júbilo.

Según ella, Donovan Taft era el hombre más delicado, generoso y amable del mundo. Al parecer, Taft parecía decidido a unirse a la enfermera jefe definitivamente.

Joanna envidió secretamente la felicidad de su amiga. Mike Eastman seguía en el hospital, ajeno a toda sensación. Cierto que había ganado veinte kilos de peso y parecía por completo desechada la posibilidad de un desenlace dramático. Pero continuaba en coma profundo, como si su cerebro hubiera muerto.

En Silver Plains se seguía trabajando activamente en la misión de desentrañar los misterios del *Corsario Negro*. Pero la labor era tan lenta y dificultosa que dos semanas después de quedar abatida la super-astronave negra, los científicos y mecánicos apenas habían logrado avanzar cuatro metros en el interior de la durísima estructura.

Quince días más tarde, los trabajos seguían poco más o menos. No se podía avanzar más que milímetro a milímetro, pues el metal resistía incluso a las más elevadas temperaturas y los cañones láser se averiaban a cada momento como consecuencia de la prolongada actividad.

Y fue precisamente cuando Joanna comenzaba a desesperar de recuperar un día al hombre que amaba, cuando Mike Eastman abrió

una mañana los párpados y «regresó» de su largo e insondable viaje a la nada.

Joanna captó inmediatamente el brillo de inteligencia en sus ojos dorados. El dijo:

—Joanna.

Y la joven se echó a llorar, conmovida.

—¡Al fin, amor mío! —gimió.

Y se abrazó a él desesperadamente.

Eastman fue recobrando sus funciones vitales gradualmente. Todavía estaban los expertos y científicos tratando inútilmente de desentrañar el misterio del *Corsario Negro*, cuando la doctora Baxter decidió tantear prudentemente los recuerdos de Mike.

Joanna hablaba quedamente, desgranando sus dramáticas vivencias y Mike asentía con el gesto de cuando en cuando.

Hasta que de repente hizo aquella revelación:

—Llevadme al lugar donde se encuentra esa astronave.

Yo puedo llegar hasta su núcleo.

Joanna desorbitó sus ojos, asombrada.

—¿Tú?

— Yo —respondió con toda seguridad—. Yo estuve allí, Joanna. A bordo del *Corsario Negro*. Y conocí a Axtar el Inmortal.

La doctora Baxter se turbó.

¿No habría sido demasiado prematura su decisión de hablar de aquellos dramáticos recuerdos a Mike?

¡Axtar el Inmortal!

¿Quién era aquel personaje? ¿No se debería más bien a un delirio de la mente enferma de Mike Eastman?

Tembló ante esta posibilidad. Pero Mike dijo:

—Soy consciente de lo que acabo de afirmar. Mi cerebro no dispone aún de todas sus facultades, pero sé lo que digo. Nunca podría olvidar a Axtar. ¡El quiso destruirme, como a los demás! Es... peligroso. Axtar es un «verdadero caníbal». Te juro que él solo pudo terminar con todos nosotros, como a lo largo de milenios logró sobrevivir inmolando a miles, tal vez millones, de seres inteligentes como tú y yo.

Eastman se expresaba lentamente, pero sus palabras traslucían pensamientos razonables.

—Mike creo que debes hablarme de todo aquello que recuerdes. Es posible que suponga un gran esfuerzo para ti, pero yo necesito saber qué ocurrió allá abajo, en la sima de Yamarai —pidió Joanna.

Pero Eastman denegó inmediatamente.

—Más tarde, Joanna. Ahora debes hablar inmediatamente con el profesor Merman y el coronel Maloney. Ya te he dicho que Axtar es mil veces peligroso. Es preciso anularlo inmediatamente, cuanto antes —insistió.

Joanna se incorporó y salió de la estancia.

Imaginaba que el profesor Merman y el coronel Maloney la tomarían por loca al oír sus palabras. De todas formas, Joanna pensaba cumplir el deseo de Mike Eastman.

Media hora después, Joanna (precedía a los dos jefes de Moontown camino de la habitación del hospital donde permanecía Eastman.

Joanna quedó fuera, mientras Maloney y Merman se entrevistaban con Mike.

La entrevista no duró mucho: apenas veinte minutos. Al cabo de este tiempo, salieron ambos hombres y se detuvieron a charlar un instante con la doctora Baxter.

—¿Cree que Mike está en situación de ser trasladado al campamento de Silver Plains? —le consultó el profesor.

—No veo ningún inconveniente, a condición de que no se fatigue mucho —respondió Joanna.

—En ese caso, dispóngase a acompañarnos. Partiremos dentro de unos minutos hacia allá —decidió Merman.

EPÍLOGO

Dos fornidos enfermeros descendieron del vehículo Magny llevando en brazos a Mike Eastman.

La presencia de Mike produjo la expectación que era de esperar entre el personal que trabajaba en descifrar los misterios del *Corsario Negro*.

De entre el nutrido grupo de personas se destacó el mayor Faulkner, que avanzó decidido hacia Mike Eastman.

—Mike, me han dicho que tú posees la facultad de desentrañar este inmenso rompecabezas. ¿Es eso cierto? —le preguntó.

—Sí. Sólo necesito silencio y concentración. Faulkner se volvió a su grupo.

—Ya lo han oído. Permanezcan en absoluto silencio y apártense de la astronave —ordenó. Y todos obedecieron inmediatamente. Luego miró de nuevo a Eastman y añadió—: Todo está en orden. Haz Jo que sea. Todos nos sentimos impacientes por conocer a esas criaturas.

Pero Eastman repuso:

—No hay criaturas vivas dentro del *Corsario Negro*. Sólo unos dos mil robots. Pero, según sospecho, ahora son absolutamente inofensivos.

Todos los que le rodeaban miraron a Eastman con asombro, pero no se oyó ningún comentario.

Entonces, Mike pidió a los enfermeros que le apartasen de la brecha abierta en un costado de la estructura y le condujeran hacia la proa de la super-astronave.

Una vez allí, apoyó sus pies en la roca y se empeñó en conservar el equilibrio por sí mismo.

Todos pudieron ver que cerraba los ojos y apretaba los párpados en actitud de profunda concentración, pero nadie —ni siquiera la doctora Baxter— pudo percibir el mensaje telepático que brotaba del cerebro de Mike Eastman.

»¡Estoy aquí. Axtar! No has logrado vencerme y vengo aquí a recrearme en mi triunfo. Sé que estás languideciendo, que por fin vas a desaparecer en la nada. ¿No sientes el deseo de volver a verme, de contemplar al hombre que resistió a tu inconmensurable poder, Axtar «el Inmortal»?

Elevó la mirada, concentrando su visión en las planchas negras de la proa. Justamente en aquel instante, el fuselaje se abrió de forma espectacular. Las gruesas y macizas planchas se dividieron y una larga rampa avanzó hasta detenerse a los pies de Eastman.

Nadie se movió. Todos asistían, sobrecogidos, a aquel suceso inexplicable.

Hasta que Eastman comenzó a ascender la rampa con lentitud. Joanna fue la primera en seguirle, de forma irresistible. Después, el mayor Faulkner caminó en pos de la doctora y les siguieron el profesor Merman y el coronel Maloney.

Alcanzaron una plataforma elevada a unos seis metros de altura. Eastman caminó decidido hacia adelante. El sólido muro metálico se deslizó silencioso, abriéndoles paso.

Joanna vaciló al contemplar las dos hileras de rígidos e inmóviles robots de silueta antropoide que montaban guardia a un costado y otro de un larguísimo pasillo espejeante. Pero cuando Eastman caminó impertérrito entre la muda cohorte, Joanna dejó escapar un gritito y siguió sus pasos a toda prisa. Animados por el ejemplo, Faulkner y los demás irrumpieron en las entrañas del Corsario Negro.

El pasillo terminaba en una gran rotonda circular. Una ancha rampa en forma de caracol ascendía hacia las ignotas alturas.

Máquinas de exótico diseño y centenares de conducciones metálicas discurrían por debajo de la rampa y aparecían en todas direcciones.

Eastman ascendía despacio por la rampa, sin volverse una sola vez atrás. La comitiva compuesta por una docena de personas le seguía a cierta distancia.

Al fin llegaron arriba.

Joanna se detuvo, pasmada de asombro, y contempló la gran cabina semiesférica. Las oblongas paredes estaban ocupadas por raros diseños geométricos y una bancada metálica corría alrededor de la bóveda de metal azulado.

No había ninguna luz a la vista, pero todos los compartimentos de la super-astronave se veían iluminados por una luz leve, espectral, que parecía brotar de todas partes al mismo tiempo.

En el centro geométrico de la gran cabina circular se veía un mueble igualmente redondeado.

Mike Eastman avanzó hasta tocarlo con las manos. Simultáneamente una luz vivísima que brotaba del centro de aquel mueble iluminó cegadoramente el rostro de Mike, obligándole a llevarse ambas manos a los ojos y a retroceder un par de pasos.

—¡Detente!

Una voz tan sonora, autoritaria y potente que llenaba todo el espacio resonó en los oídos de los intrusos recién llegados.

—¡Detente, Eastman! ¿Has olvidado que yo soy Axtar el Inmortal? ¡Insensato, nada puedes contra mí!

La Voz atronaba los oídos y provocaba una intensa trepidación de los metales.

—¡Eastman, yo he sobrevivido durante milenios!, ¿lo has olvidado? Te demostré que mi poder es inconmensurable, que soy dueño de la vida y de la muerte… Debiste entenderlo desde el momento en que me decidí a prescindir de una apariencia física semejante a la tuya, todos los arcanos se desvelaron para mí… Si has sobrevivido, es porque yo lo quise. ¡Pero puedo fulminarte ahora… ahora mismo… puedo, puedo…!

La voz se iba debilitando paulatinamente hasta que desapareció en un trémolo angustioso y patético.

Caíste en la trampa, Axtar. Has gastado el último resto de tus energías en proclamar tu soberbia. Ahora estás en mis manos. ¡Y no dudaré en destruirte, porque tú, Axtar, sólo eres la personificación del Mal!

Eastman retrocedió hacia el grupo de sus camaradas. Antes de que Phil Cervera pudiera reaccionar, Eastman le había arrebatado el fusil láser de las manos.

Le vieron avanzar hacia el mueble circular, elevar el fusil láser y apretar el gatillo encarando el arma hacia abajo.

Surgió el rayo y gruesos fragmentos de un material semejante al vidrio saltaron en todas direcciones y cayeron sobre el pavimento metálico.

Eastman se volvió hacia los presentes.

—Todo ha terminado: Axtar ya no existe. Ya no segura recorriendo el espacio, de mundo en mundo, robando los cerebros de miles, de millones de criaturas inteligentes. Axtar jamás reparó en que miles y miles de personas debieron morir para que él viviera, convertido en el peor de los tiranos. Dirigía a sus dos mil robots, que le obedecían ciegamente, pero, para conservar ese poder, Axtar debía alimentarse continuamente de las células grises de criaturas inteligentes, que había conseguido sintetizar y asimilar a través de los «biolitos». Ahora... ya no existe.

Dejó caer el fusil láser, atravesó la gran rotonda y se dirigió al exterior. La luz se fue extinguiendo lentamente, de modo que los presentes tuvieron que encender sus lámparas.

Cuando lograron salir de su estupor, Faulkner, Merman, Maloney y Cervera avanzaron con precaución y miraron en el interior del mueble circular.

Contenía un líquido transparente de color anaranjado en el que flotaba una masa de color blanco-amarillento.

—Pero eso es... es... —murmuró el mayor Faulkner.

Era un inmenso cerebro, una gran masa cerebral de un metro de diámetro que flotaba inerte sobre las aguas anaranjadas y comenzaba a descomponerse rápidamente, desmenuzándose en diminutos fragmentos grisáceos.

Joanna no quiso mirar.

A ella no le interesaba Axtar ni su espeluznante aspecto real.

A Joanna le interesaba el hombre que caminaba lentamente hacia el exterior, escoltado por dos hileras de imponentes robots metálicos, tan inmóviles y hieráticos como antiguas armaduras medievales.

Joanna alcanzó a Mike y le tomó por un brazo, sosteniéndole amorosamente. Y él la miró. Y por primera vez sonrió.

—No era yo el que te enviaba aquellos mensajes, Joanna, sino Axtar, que empleaba mi potencia cerebral para atraerte a una trampa mortal. Por fortuna, tú fuiste lo suficientemente fuerte de carácter como para resistirte tenazmente. Lo hiciste muy bien, Joanna, querida Joanna. Si hubieras cedido a la tentación, te hubieras convertido en otro reclamo

a disposición de Axtar y el círculo no se hubiera cerrado jamás —susurró Mike, apretándole trémulamente una mano.

Joanna no hablaba. Joanna sólo sentía la proximidad cercana y entrañable de aquel hombre al que amaba más que a sí misma.

Cuando descendieron por la rampa, numerosas personas posaron en ellos sus miradas llenas de curiosidad y expectación.

Pero Joanna empujó a su convaleciente Mike hacia el vehículo Magny que les había traído y ambos penetraron en él y dieron al piloto la orden de despegar.

—Punto final —susurró Joanna cerca de Mike—. No quiero saber nada más. Me doy por satisfecha teniéndote aquí, con la posibilidad de mirarte y de sentir próximos los latidos de tu corazón. Y, muy pronto, tú y yo...

Calló. Mike no necesitaba palabras. Sabía muy bien que había regresado del Infierno y reencontrado una especie de paraíso.

FIN

[1] Famoso navegante inglés del siglo XVI que dio la vuelta al mundo y de paso atacó numerosos puertos españoles de Hispanoamérica e incluso Cádiz, en España. La reina Isabel de Inglaterra le armó caballero y le concedió «patente de corso».

[2] Opérculo: pieza que, a modo de tapadera, cubre la concha de algunos moluscos.

[3] Estancia dividida en estanterías y compartimentos, anexa a los cementerios, donde suelen depositarse las cenizas de los muertos